

# ¿Y si yo fuera una persona refugiada...?

COMENZAR DE NUEVO EN OTRO PAÍS

Cuentos y dibujos de niñas, niños y jóvenes  
sobre personas refugiadas 2015





# ¿Y si yo fuera una persona refugiada...?

COMENZAR DE NUEVO EN OTRO PAÍS

Cuentos y dibujos de niñas, niños y jóvenes  
sobre personas refugiadas

2015



COEDICIÓN: Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF), Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred).

EDITORIA RESPONSABLE: Karen Trejo Flores.

CUIDADO DE LA EDICIÓN: Karina Rosalía Flores Hernández y Haidé Méndez Barbosa.

CORRECCIÓN DE ESTILO: Karina Rosalía Flores Hernández y Verónica López Rodríguez.

DISEÑO EDITORIAL: Enrique Agustín Alanís Guzmán y Ana Lilia González Chávez.

DIBUJO DE PORTADA: *¿Y si yo fuera una persona refugiada?*, de Abril Karina Ríos Legorreta.

Primera edición, 2016

D. R. © 2016, Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal

Av. Universidad 1449, col. Pueblo Axotla,

del. Álvaro Obregón, 01030 México, D. F.

[www.cd hdf.org.mx](http://www.cd hdf.org.mx)

D. R. © 2016, Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados

Cervantes Saavedra 193, oficina 1402, col. Granada,

del. Miguel Hidalgo, 11520 México, D. F.

[www.acnur.org](http://www.acnur.org)

D. R. © 2016, Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

Dante 14, col. Anzures,

del. Miguel Hidalgo, 11590 México, D. F.

[www.conapred.org.mx](http://www.conapred.org.mx)

*Los cuentos y dibujos contenidos en esta publicación fueron elaborados y presentados en el marco de la edición 2015 del concurso de cuento y dibujo ¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país, organizado por la CDHDF, el ACNUR y el Conapred. El contenido de los cuentos y dibujos no refleja necesariamente las ideas de las instituciones que participan en esta coedición sino que es responsabilidad de sus autoras y autores.*

[www.cd hdf.org.mx](http://www.cd hdf.org.mx)

Ejemplar electrónico de distribución gratuita, prohibida su venta.

Se autoriza la reproducción total o parcial de la presente obra siempre y cuando se cite la fuente.

# Índice

## **Presentación**

Mark Manly	7
Perla Gómez Gallardo	11
Alexandra Haas Paciuc	13
Christian Ibeth Huerta Dávila	15
Pablo Herrera González	17

## **Cuentos y dibujos ganadores, edición 2015**

### **¿Y si yo fuera una persona refugiada?**

#### **Comenzar de nuevo en otro país**

Dulce Luz Jiménez García	20
--------------------------	----

#### **Refugiados**

Rubén Cruz Vargas	24
-------------------	----

#### **Leiza, la guerra ha comenzado**

Brenda Miranda de Jesús	25
-------------------------	----

#### **No estoy sola**

Ariadna Fernández Lozada	32
--------------------------	----

#### **Los pequeños refugiados**

Ángel Manuel Iniesta Ríos	33
---------------------------	----

#### **Mi país está herido y necesito refugiarme para sobrevivir**

Arturo Vieyra Gama	36
--------------------	----

#### **Los refugiados**

Xiomara Flores García	37
-----------------------	----

#### **Si yo fuera un refugiado**

Itzel Huerta Sánchez	39
----------------------	----

<b>Sin precedencia alguna</b>	
Antonio Miguel Mendoza	40
<b>¿Y si yo fuera una persona refugiada?</b>	
Martha Vanessa Cruz Bautista	44
<b>Cenizas del invierno</b>	
Nathalia Desiree Escamilla Camacho	45
<b>Llevando refugiados</b>	
Vania Ivette Enciso Gómez	49
<b>Empezó un día</b>	
Evelston Omar Fuñez	50
<b>¿Mejor?</b>	
Anhel Ketzalli Manrique Díaz	52
<b>Viviendo en tierras mexicanas</b>	
Juana Maricela García Reséndiz	53
<b>Los refugiados</b>	
Marco Abraham Álvarez González	56
<b>Si yo fuera una persona refugiada</b>	
Yuritzi García Susano	57
<b>¿Y si yo fuera una persona refugiada?</b>	
Abril Karina Ríos Legorreta	60
<b>La niña de Morelia</b>	
César de Jesús Lugo Ruvalcaba	61
<b>Ellos también existen</b>	
Cynthia Elizabeth Barba Servín	67

**Infancia en el exilio**

María Calderón Zavala

68

**Tu ayuda puede hacer el cambio**

Sergio Uriel Briseño Franco

73

**Buscando el sol**

Gabriel Balboa Cruz

74

### **Agradecimientos**

Nuestro más sincero agradecimiento a las y los miembros del jurado del concurso, quienes de forma comprometida y desinteresada fueron parte de este proceso. En la categoría de cuento participaron Adán Baltazar García Fajardo, Christian Ibeth Huerta Dávila y Hugo Raúl Van Oordt Huldish.

Por su parte, el jurado de la categoría de dibujo estuvo integrado por José Luis Loera Aguilar, Pablo Herrera González Saravia, Cynthia Sierra Ramírez, Cristal Estrella Villavicencio Salgado, Leticia Martínez Cuervo, Nancy Gutiérrez Olivares, Sylvia Alazraki Pfeffer y Samuel Morales Rojas.



# Presentación

## **Mark Manly**

Representante del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados en México

Muy buenos días a todas y todos.

Es un gran placer para mí y para la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) estar con ustedes en esta ceremonia de premiación; es un momento emocionante para todos los participantes del concurso.

Queremos agradecer a la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal y al Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación por participar con el ACNUR en este importante concurso. Quiero agradecer además a los miembros del jurado que han dedicado su tiempo y han utilizado su conocimiento, tanto literario como gráfico, a favor de la causa de las y los refugiados a través de este certamen. Y quiero dar las gracias sobre todo a las niñas y los niños que participaron en el concurso y felicitar a las ganadoras y los ganadores.

Cada año el presente concurso ha sido muy importante, pero yo diría que este año lo es más porque actualmente enfrentamos una crisis de personas refugiadas a escala mundial, sin precedentes desde la segunda Guerra Mundial. Hoy vemos las noticias de Siria; escuchamos de países que acogen a refugiadas y refugiados, como Turquía, Líbano, Jordania y varios más. Sin embargo, es muy importante recordar que el tema de las personas refugiadas y sus necesidades de protección no son cuestiones de tierras lejanas únicamente, sino que también son situaciones que se enfrentan todos los días aquí en esta región y concretamente en México.

Lo que en la actualidad estamos viendo es un reto enorme generado por la violencia –que sólo podríamos calificar de atroz– en los países del Triángulo Norte de Centroamérica –Honduras, El Salvador y Guatemala–. Y como consecuencia de la violencia y la persecución que se están viviendo en esos tres países, aquí en México se incrementa cada año el número de personas que vienen buscando protección. Es muy interesante que cada vez sean más niñas y niños los que llegan a México; sólo en 2015 más de 18 000 niñas y niños de Centroamérica arribaron a territorio mexicano sin padres ni familiares, pero también un número semejante lo hizo acompañado de su familia. Estamos realmente viendo las consecuencias humanitarias de una crisis de protección y una crisis de derechos humanos en los países vecinos.

Es interesante lo que nos cuentan estas niñas y estos niños que han salido de sus países. Con mayor frecuencia escuchamos que vienen huyendo de la violencia. En estudios recientes, más de 50% de las niñas y los niños entrevistados por el ACNUR, tanto en Estados Unidos como en México, indicaron que no salieron de sus países buscando una mejor vida sino que huyeron porque sus vidas y su seguridad estaban en peligro. También cada vez más nos refieren que ven la posibilidad de quedarse en México como refugiados. Por ello es fundamental que las niñas y los niños sepan y tengan información sobre la posibilidad de solicitar protección como personas refugiadas en México. Éste es el reto que tenemos hoy en día.

El concurso es muy importante porque invita a cada participante a ponerse en los zapatos de las y los refugiados; es decir, el certamen exige tener empatía con ellas y ellos. Y ésta es la base de la respuesta para acoger a las personas refugiadas que llegan a un país. Primero debemos sentir las necesidades que tienen y luego entender lo que se puede hacer para ayudar y proteger sus derechos. Así que no es casualidad que en los mensajes del ACNUR, tanto aquí en México como a nivel global, se escuche seguido el término *solidaridad*, porque eso es lo que se requiere para asegurar la protección de las personas refugiadas a nivel mundial: la solidaridad entre las personas. Porque hoy en día quienes se han visto forzados a abandonar sus hogares han sido los sirios, los hondureños, los salvadoreños, los nigerianos y los iraquíes; pero mañana nos puede tocar a nosotros. En tal sentido el concurso es muy significativo al pedir a las y los participantes que se pongan en el lugar de niñas, niños y personas adultas refugiadas, para así entender y ser

empáticos con su suerte, y con base en ello poder seguir construyendo una respuesta más efectiva aquí en México y en el mundo.

Felicitaciones a todos los participantes; ojalá su ejemplo sea seguido por más y más personas aquí en México y a nivel mundial, porque esa empatía que han manifestado a través de cuentos y de dibujos es el inicio de una respuesta adecuada y efectiva para las y los refugiados a nivel mundial.

Enhorabuena y muchas gracias.



## **Perla Gómez Gallardo**

Presidenta de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal

Para la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal (CDHDF) es un honor ser parte del concurso de cuento y dibujo ¿Y si yo fuera una persona refugiada... ? Comenzar de nuevo en otro país, esfuerzo realizado desde 2006 en conjunto con el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred).

Este concurso fomenta la expresión libre y creativa de niñas, niños y jóvenes a través de las letras y el dibujo, y para hacerlo qué mejor que el hilo conductor de dicha expresión sea un tema tan importante como el derecho a solicitar refugio y recibirlo solidariamente en nuestro país. Para la CDHDF es de suma relevancia fortalecer la visibilización de los derechos de las personas refugiadas.

En la edición de 2015, el concurso recibió 1 339 trabajos provenientes de toda la república, los cuales reflejan el interés que se ha generado en niñas, niños y jóvenes, tanto por el tema como por la expresión a través de la escritura y la pintura.

Este libro es una compilación de los 12 cuentos que ganaron el concurso en 2015. Los relatos que ustedes conocerán nos acercan a diversas historias de vida de niñas, niños y jóvenes refugiados, escritas en un ejercicio empático y respetuoso hecho por jóvenes autoras y autores. Las vivencias plasmadas nos permiten viajar por el mundo y conocer las experiencias de personas que se han visto obligadas a abandonar sus países, ya sea por la

violencia, por la discriminación de la que son víctimas o por la persecución ideológica, entre otros motivos.

Los trabajos de este año proyectan con entusiasmo, compromiso y creatividad la compleja situación que viven las personas refugiadas y enfatizan la necesidad de reconocer las diferencias; si bien muchas historias son dolorosas, hay otras que nos transmiten la esperanza de que es posible gestar condiciones de respeto absoluto a los derechos humanos de estas personas.

Felicito a las y los niños y jóvenes que fueron parte de este proceso y quiero invitarles a no dejar de expresarse. Agradezco además a nuestros aliados en este esfuerzo: ACNUR y Conapred; conjuntar sinergias institucionales siempre es un ejercicio que permite lograr mejores resultados y un mayor alcance en los objetivos propuestos. Esperamos seguir participando juntos en nuevas ediciones de este concurso, que ya se ha convertido en un referente para las niñas, los niños y las y los jóvenes en nuestro país.

Muchas gracias.

## **Alexandra Haas Paciuc**

Presidenta del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

El año 2015 fue icónico en materia de personas refugiadas y buscadoras de asilo. Las redes sociales y los medios de comunicación se llenaron de imágenes que estremecían, preocupaban e invitaban a tomar acción o por lo menos a condenar el hecho. También han circulado, aunque en menor cantidad, historias de éxito de personas que llegaron al lugar donde planearon y han empezado una nueva vida.

Muchos niños y niñas se enfrentaron a un mundo nuevo y desconocido después de la experiencia traumática, lejos de su casa, escuela, idioma, comida, costumbres, familia y amigos. ¿Qué pensaron en su primer día de clases? ¿Cómo les va cuando comen algo muy distinto? Y si su nombre sonaba chistoso en español, ¿cómo lo enfrentaron? ¿Cómo hicieron amigos?, o quizás no los hicieron. ¿En qué momento se sintieron a salvo del peligro del que huyeron? ¿Enfrentaron discriminación por su origen, tono de piel, vestimenta o cualquier otra causa? El concurso de cuento y dibujo ¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país relata las respuestas de las personas refugiadas.

Aunque México recibe una cantidad reducida de personas refugiadas, tiene historias que contar. Esta iniciativa no sólo sirve para visibilizar los derechos de las y los niños refugiados, también es una herramienta para educar en derechos y en paz a las niñas, los niños y sus familias mexicanas. A través de dicho concurso se hacen conscientes de la negación de derechos a otras personas, cuáles son éstos y cómo se garantizan. Así, contar cuentos

y dibujar con una temática tan humana puede repercutir positivamente a los futuros tomadores de decisiones.

La Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos y la Ley Federal para Prevenir y Eliminar la Discriminación prohíben la discriminación por origen nacional o cualquier otra causa xenófoba. El Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) es el principal encargado de sancionar cuando se vulnera el derecho a la no discriminación; además de que protege y promueve que se garantice y visibilice la riqueza que aportan las personas no mexicanas a nuestro país. En los últimos años el Conapred también ha impulsado la no discriminación y la no criminalización de las personas migrantes indocumentadas, al instar a las autoridades y a la sociedad a ser tolerantes y salvaguardar su dignidad e integridad.

Por su parte, el Programa Nacional para la Igualdad y No Discriminación establece en su estrategia 5.4 que se deben impulsar acciones contra la xenofobia y formas conexas de intolerancia; mientras que la línea de acción 5.4.1 indica que habrán de generarse iniciativas para reconocer y valorar la presencia y aportaciones culturales, sociales y económicas de las personas migrantes y refugiadas. Los cuentos y dibujos de la presente publicación son una clara muestra de dichas apreciaciones.

Desde Conapred agradecemos la participación de la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal, la Oficina en México del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados y las personas que fungieron como jueces, por ayudarnos en la promoción y revisión de los trabajos que recibimos. La aportación más importante de estas historias es que reflejan un interés genuino y humano de ponerse del lado del otro para aprender a prevenir y combatir la discriminación, ejercicio que entre las personas adultas es un reto constante para llevar a cabo sus labores correspondientes. Por ello, agradecemos especialmente a los niños y las niñas que tomaron parte en este concurso y les invitamos a que sigan plasmando historias que lleguen al corazón y se sumen al objetivo de provocar un cambio cultural en favor del respeto y la tolerancia entre todas las personas mexicanas.



## **Christian Ibeth Huerta Dávila**

Miembro del jurado

El concurso de cuento y dibujo ¿Y si yo fuera una persona refugiada...? Comenzar de nuevo en otro país es una excelente iniciativa para acercar a niñas, niños y jóvenes a una temática actual que requiere especial atención por parte de las autoridades y de la sociedad en general. Es indispensable visibilizar las vulneraciones a los derechos humanos que vive la población refugiada y considerar sus necesidades específicas durante su tránsito y llegada al lugar de destino. Por ello la elaboración de cuentos es un medio para conocer la percepción de la sociedad respecto de las personas refugiadas.

Asimismo, es necesario describir brevemente el contexto social de este sector de la población, y mencionar que se enfrentan en muchas ocasiones a la discriminación por motivos de su origen nacional o étnico, raza, idioma o religión, entre otros; por lo cual se requiere de campañas de sensibilización e información con el objetivo de erradicar este tipo de prácticas.

La discriminación genera actos que tienen como fin la denegación de derechos, por ejemplo la falta de documentos de identidad de alguna persona, lo cual puede implicar la obstaculización de su acceso a la seguridad social y la consecuente vulneración de su derecho a la salud. Una situación similar podría presentarse cuando se impide el ingreso al sistema educativo a sus hijas e hijos por la falta de documentos, lo que se traduce en una violación al derecho a la educación.

Ante la situación actual de conflictos armados internos e internacionales, desastres naturales, desplazamiento forzado provocado por la delincuen-

cia organizada y el reclutamiento forzado –entre otras causas que obligan a las personas a abandonar sus hogares en busca de mejores condiciones de vida– las y los refugiados requieren de políticas públicas que reconozcan su dignidad humana y les permitan el ejercicio pleno de sus derechos humanos.

En el momento en que las personas deciden dejar su lugar de origen se deben ejercitar acciones destinadas a garantizar su seguridad y su acceso igualitario a los derechos; los Estados que reconocen a las personas con la *calidad de refugiadas* se encuentran obligados a llevar a cabo dichas acciones.

Actualmente la mayoría de la población refugiada está compuesta por niñas, niños, jóvenes y mujeres; los primeros dos representan aproximadamente 46% de este grupo. Ante tal panorama se hace evidente la urgencia de implementar medidas positivas que coadyuven al ejercicio pleno de sus derechos. Lo anterior nos ejemplifica la importancia de prestar especial atención a quienes pertenecen a grupos vulnerables, por ejemplo niñas y niños no acompañados, personas con discapacidad, personas adultas mayores y personas con orientación sexual diversa, entre otros.

Las y los refugiados son titulares de derechos; uno de ellos es el de no devolución, que establece que ninguna persona debe ser regresada al país en donde enfrenta graves amenazas a su vida o libertad. Además, existen muchos otros derechos consagrados en la Convención sobre el Estatuto de los Refugiados, como a la religión, a la vivienda, a la educación, al trabajo, a la libre circulación y al acceso a la justicia.

Los cuentos que fueron premiados retratan de manera vívida las historias de las personas refugiadas, las causas que las obligan a dejar su lugar de origen y las dificultades que enfrentan durante su travesía y su llegada a otro país, en donde no siempre se les recibe con los brazos abiertos. Además, sirven de puente para acercar a las y los autores y lectores a las vivencias de las personas refugiadas, haciéndoles partícipes de una realidad que se mira con mayor sensibilidad y cercanía; de ahí la importancia de seguir impulsando esta convocatoria a la que pude sumarme en calidad de jurado.

Sólo me resta señalar que el hecho de haber colaborado en esta iniciativa ha sido muy gratificante por el gran esfuerzo que pude constatar por parte de todas y todos los participantes; y también por el interés y compromiso de las instituciones convocantes para que las niñas, los niños y las y los adolescentes y jóvenes puedan responder a esta pregunta: ¿y si yo fuera una persona refugiada...?

## **Pablo Herrera González**

Miembro del jurado

Para el jurado la selección de los dibujos ganadores fue en verdad un trabajo arduo y muy difícil; se debían evaluar y tomar en cuenta varios aspectos a la vez.

Había trabajos elaborados con una gran técnica artística que llamaban la atención por su calidad de dibujo; al mismo tiempo, hubo otros trabajos hechos con trazos más simples. Algunas obras tenían un trabajo de varias horas o incluso días en su elaboración; mientras que hubo otros que con pocos elementos lograban transmitir perfectamente la idea de qué es ser una persona refugiada.

¿Cómo seleccionar a los trabajos ganadores? En sí todos y cada uno de ellos podrían ser ganadores; la gran mayoría mostraba el concepto de lo que significa ser una o un refugiado a través de los ojos de las y los jóvenes autores.

Los dibujos ganadores así como los finalistas fueron los que, de acuerdo con el jurado, reunían los elementos principales y lograban transmitir el mensaje de la manera más clara. Tal vez había otros trabajos con un nivel artístico o técnico superior, hechos con una gran labor y dedicación, así como una gran calidad.

Cuando una o un niño o joven nos quiere transmitir con algunos trazos la noción de lo que es una persona refugiada; lo que ésta vive y lo que necesita; el cómo se ha visto obligada a abandonar su casa, su familia, su pueblo, sus costumbres y su país; y logra plasmarlo y darlo a conocer en un mensaje gráfico, hace que cada dibujo sea invaluable. Es una muestra de que entiende este hecho y quiere comunicarlo visualmente.

Uno de los dibujos ganadores muestra a una niña que ha dejado atrás su casa destruida por la guerra y su país sumergido en la violencia. La niña, sentada en el suelo con una expresión de tristeza, abandono e incertidumbre, y en un nuevo lugar sin saber qué le espera, es consolada por una persona que le extiende una mano que la reconforta y le dice “no estás sola”. En este dibujo se sintetizan y se transmiten perfectamente ambas partes de la situación que vive una persona en una condición tan vulnerable: tanto el conflicto que la obligó a abandonar su hogar como la solidaridad, la empatía, el apoyo y la bienvenida que se le brinda al llegar a otro sitio en medio de la desazón.

No estás solo, no estás sola. Dibujos con estos gestos de solidaridad hacen la diferencia, algunos trazos y palabras transmiten el mensaje fundamental que se buscaba en esta convocatoria.

**Cuentos y dibujos ganadores  
edición 2015**

# ¿Y si yo fuera una persona refugiada? Comenzar de nuevo en otro país\*

Dulce Luz Jiménez García

**M**i nombre es Luna, soy una integrante de la etnia seri del estado de Sonora y hoy vivo en Estados Unidos. Se preguntarán por qué o cómo sucedió. Eso tal vez sea fácil contarlo, pero lo difícil fue vivirlo.

A mi etnia un día llegaron ciertas personas a las cuales creo que se les llama *narcotraficantes*. Éstas amenazaron con matarnos a mi familia y demás habitantes si no prestábamos nuestras tierras para sembrar sustancias nocivas e ilegales. Mi padre reaccionó de inmediato ante esa amenaza y decidió que teníamos que salir del país en busca de una buena vida, huir de nuestro país de origen. Tomamos nuestras pertenencias y dejamos a nuestra familia, nuestra gente, nuestras amistades, nuestro hogar, nuestros campos, así como nuestra vida.

Al principio pensé que era una broma o que volveríamos en algún momento, pero han pasado los años y me he dado cuenta de que ¡no fue ninguna broma! Como lo dije, dejamos nuestra vida y recuerdos en ese pueblo.

Ese día mi mamá nos preparó a mis hermanos y a mí. Dispuso algo de ropa y alimentos. Nos dio un pedazo de pan a cada uno y la mayor parte la guardó en una bolsa con la demás comida. Mi padre preparó su pistola, yo le pregunté para qué era y me contestó que por si nos querían asaltar o para alguna otra cosa que se ofreciera.

El momento llegó, partiríamos en la oscuridad. Mi mamá nos despertó como a eso de las 2:30 de la madrugada, nos vestimos y salimos. Mi padre ya estaba afuera esperándonos.

---

\* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 9 a 12 años.

Esa noche hacía mucho frío, mi mamá se detuvo y nos cubrió con la única manta que llevábamos. Yo veía que mis padres temblaban por la baja temperatura, les ofrecí un poco de la manta pero la rechazaron, dijeron que nosotros la aprovecharíamos, que ellos estaban bien. En ese momento dudé, pero también reflexioné sobre el amor que mis padres nos tenían y cómo nos procuraban desde eso tan pequeño, insignificante, pero tan grande como era padecer frío por sus hijos.

Conforme pasaba el tiempo se agotaban la comida y el agua, había días en que mis padres no comían ni bebían nada. Ellos estaban desganados, tenían los labios secos, me daba mucha tristeza verlos en esas condiciones. Había noches en que los oía llorar y yo también lloraba, pero no cerca de ellos sino en el suelo. Sólo sentía mis pequeñas lágrimas correr sobre mi rostro. En esos momentos solía voltear a ver a mis hermanos menores, tan pequeños y delicados, me alegraba que no tuvieran la madurez como para comprender nuestra situación.

Un día tomamos el famoso *pollero*. Estábamos en el camión y frente a mí iba un niño, en sus ojos se veía tristeza, soledad y desilusión. Una de las cosas que más me llamó la atención es que estaba solo con su maleta, tenía entre seis y siete años de edad, era un niño como todos los demás, que no sabía nada de la vida.

Él estuvo en mi pensamiento durante varios días y a mi mente venían preguntas como: ¿Por qué estaba solo? ¿Dónde estaban sus padres? ¿Qué querían, una mejor vida? Para estas preguntas no llegaban respuestas.

Un día, lamentablemente, se acabaron **la comida y el agua, y nos quedamos sin dinero**. Mis hermanos lloraban de hambre y sed. Mis padres estaban más débiles que nunca. Me dolía mucho la situación de mi familia; yo quería hacer algo, pero me daba cuenta de que no podía hacer nada.

Las cosas no terminaban de pintarse de negro y estábamos en la etapa más crítica de nuestro viaje. Antes de cruzar la frontera observamos personas con armas en camionetas negras, ellas también vestían de negro. Nosotros estábamos escondidos entre los arbustos junto a los demás migrantes, en ese momento sentí una angustia enorme, por no saber lo que iba a pasar; **abracé a mis hermanos. Esperamos hasta que algunas de las personas migrantes salieron huyendo**, luego todos corrimos detrás de ellos. Los hombres de negro comenzaron a disparar. Mis hermanos empezaron a llorar. Trataba de encontrar a mis padres, los veía correr. Después pasó algo que ningun-

no de nosotros había pensado: le dispararon a mi papá. Yo volteé, lo vi, sentí que me moría, tenía ganas de soltar a mis hermanos y correr a su lado, pero por mi mente pasaron ellos, mis hermanos, ¿qué harían solos, sin mis papás, sin mí?, eso fue lo que no me dejó soltarlos. Mi mundo se desmoronó. Después vi que mi mamá se quedaba con él; mis hermanos y yo seguimos corriendo.

Luego, no soportaba ver a mis hermanos a los ojos porque temía que me preguntaran: “¿dónde están nuestros papás?” y la verdad no sabía qué les respondería porque ni yo lo sabía. Salimos corriendo y no tuve el valor para voltear.

Por fin llegamos a Estados Unidos, fue como entrar a otro mundo, mis hermanos estaban impresionados. De pronto me llegó el pensamiento de que eso era lo que querían nuestros padres, comencé a llorar y mis hermanos me abrazaron.

No teníamos nada y tampoco entendíamos nada. Fue muy difícil empezar en otro país, nos costó mucho trabajo comunicarnos con ellos –los famosos “gringos”–, hasta que por fin lo logramos. En nuestro caso –que habíamos salido de nuestro país por lo de los narcos, que nuestros padres no estaban con nosotros y que no teníamos dinero ni comida– fue un policía quien nos ayudó e informó sobre un programa llamado USCIS (el Servicio de Ciudadanía e Inmigración de Estados Unidos), dijo que podría ayudarnos económica y socialmente, así como con educación, pero que debíamos tener a una persona mayor de edad con nosotros. Entonces nos pusieron en adopción. Mis hermanos se emocionaron, pero después platicando con ellos no podíamos dejar de pensar en nuestros padres, no sabíamos en dónde estaban, qué les hacían. Le comentamos al policía la situación de nuestros padres y quedó en que los buscaría.

Con el paso de los días, una familia nos quiso adoptar; se autorizó la adopción y llegamos a su casa, nuestra nueva casa. Era grande, elegante; ellos eran buenos.

Un día nos llegó la noticia de que nuestros padres estaban... muertos. Unos secuestradores los tomaron y ya saben... Mis hermanos lloraron y yo con ellos, no esperábamos eso, pensábamos que los volveríamos a ver, que esto era algo temporal; ahora no lo es.

Luego apareció una luz en la oscuridad: la USCIS nos aceptó y nos daría educación de calidad y todo lo que necesitáramos.



Hoy en día soy feliz junto a mis hermanos y nuestra nueva familia, aunque hay noches en las que sueño con mis padres, y ellos me dicen que he actuado correctamente y que están orgullosos de mí y de mis hermanos. Me han hecho una promesa que sé que cumplirán: jamás nos van a dejar solos y no nos van a dejar de amar a pesar de la distancia.

## Refugiados

Rubén Cruz Vargas

Dibujo ganador del segundo lugar en la categoría de 9 a 12 años.

Es importante mencionar que el primer y el tercer lugar de la categoría de 9 a 12 años se declararon desiertos con fundamento en la cláusula octava de las bases de la convocatoria.



# Leiza, la guerra ha comenzado\*

Brenda Miranda de Jesús

**N**o sé cómo sucedió esto, todo pasó tan rápido que apenas y lo recuerdo. Intentaré acordarme desde el principio, aunque me será muy difícil recordar tal tragedia. Todo comenzó el 20 de marzo de 2003, mi hermano Arash y yo estábamos preparándonos para ir a la escuela, nos llamaba mamá.

Mientras mi hermano se ponía los zapatos, yo bajaba las escaleras para ir a desayunar, aunque por lo tarde que era, ni tiempo dio para eso. Después de un rato mi hermano y yo partimos hacia la escuela, entramos a clases y todo iba como de costumbre, cuando de repente se escuchó el ruido de una alarma muy rara que jamás había oído.

—¡Chicos, salgan rápido, con mucho cuidado! —nos decía la maestra.

Todos nos reunimos en el área de seguridad, y yo fui corriendo con Arash.

—Leiza, estoy un poco asustado —me dijo alterado.

—Tranquilo, no pasa nada, todo estará bien —no sé cómo pude decir eso, si en un instante fue todo lo contrario.

—Calma alumnos, no se alarmen. Tengo que darles un anuncio importante —nos decía la maestra en el micrófono—. No sé cómo decírselos, pero Irak ahora está en guerra con Estados Unidos y algunos otros países.

—¿Qué? ¿Cómo pasó eso? —me cuestionaba. En un instante todo era tranquilidad y de repente estábamos en guerra.

---

\* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 9 a 12 años.

Mis padres llegaron muy asustados por nosotros. Les pregunté qué sucedía y ellos me respondieron:

—Aún no lo sabemos, pero debemos ir a casa para estar seguros.

Al llegar estábamos muy asustados, mi padre intentaba calmarnos cuando alguien tocó la puerta bruscamente. Mis padres susurraron que no hiciéramos ningún ruido, pero mi hermanito Arash comenzó a llorar y los hombres empezaron a gritar:

—¡Abran la puerta en este instante!

Mi papá nos pidió que fuéramos a un lugar más seguro. Mi mamá le suplicó que viniera con nosotros, pero él le dijo que no, que prefería morir solo a que nosotros muriéramos con él.

En este instante yo pregunté muy alarmada “¿morir?”; pero mi madre nos tomó del brazo y salimos por la puerta trasera. Corrimos lo más rápido que pudimos.

Después de tanto correr descansamos un rato y luego comenzamos a caminar.

—¿A dónde vamos, mami? —preguntó Arash.

Mi mamá comenzó a llorar y nos dijo:

—Ustedes irán lejos de aquí.

—¿Iremos? Y tú, ¿vendrás con nosotros? —pregunté.

—Sólo al principio, después ustedes seguirán sin mí —respondió.

En ese momento Arash empezó a llorar nuevamente, al igual que yo.

—No queremos que nos dejes, mami, llévanos contigo —le suplicábamos— ¡por favor, llévanos contigo!

—Aunque quisiera no puedo, mi amor, en serio, quiero que ustedes vivan —expresó mi madre.

Llegamos a un tren, mamá subió con nosotros, viajamos varios días. Teníamos hambre y se lo dije a mi mamá. Entonces ella sacó dos pequeños panes para nosotros, los comimos y después nos dormimos. Al despertar, mamá ya no estaba. Arash y yo comenzamos a gritar.

—¡Mamá!, ¡mami!, ¡mamá!, ¿dónde estás?

En ese momento el tren se frenó, y Arash y yo bajamos de él. Había gente y varias carpas. De pronto, Arash chocó por accidente con la hermanita de un chico muy apuesto.

—¡Auch! — exclamó la niña.

—¡Cuidado!, casi tiras a mi hermana —dijo el chico.

—Lo siento, no fue mi intención —se disculpó Arash.

—Es cierto, mi hermanito no vio por dónde caminaba, lo sentimos mucho —les dije.

—En ese caso, ¡hola!, soy Menelik, y ella es mi hermanita Kaly.

Me sentí muy alegre, después de todo lo pasado pudimos hacer amigos. Entonces Menelik nos preguntó cómo habíamos llegado ahí, y nos explicó que a ellos los había llevado su tía, pero que después se bajó del tren y los dejó solos.

—Bueno, pues a nosotros nos pasó casi lo mismo, sólo que en este caso nuestra mamá fue quien nos trajo —le respondí.

—Y, ¿ustedes cómo se llaman? —preguntó Menelik.

—Yo soy Leiza, y él es mi hermano Arash.

—¡Vaya!, está anocheciendo. Supongo que lo mejor será que entremos a alguna de las carpas y durmamos. Ven Kaly, e invita a nuestros amigos —dijo Menelik.

—¿Quieren venir con nosotros? —nos preguntó la pequeñita.

—¡Claro! —le respondió Arash.

—¡Con mucho gusto! —dije yo.

Entramos a la pequeña carpa y Menelik, Kaly y Arash durmieron. Yo no pude, pensaba cómo en un día tan común nuestra vida había podido cambiar por completo. Al amanecer salí de la carpa para estirarme un poco, pero al hacerlo me sorprendí, había mucha más gente que la del día anterior, eso me parecía extraño, y la mayoría eran niños.

—¿Qué haces despierta a esta hora, Leiza? —me preguntó Menelik.

—¡Ah!, nada, sólo vine a estirarme un poco —le respondí.

Me sentía muy cansada debido a que no había dormido en toda la noche, así que le pregunté a Menelik si podía hacerse cargo de Arash un rato.

—Por supuesto, pero ¿qué vas a hacer? —me cuestionó.

—Voy a intentar dormir. Es que no dormí en toda la noche y me siento muy cansada —dije.

—Ok, duerme, yo me encargaré de Arash.

Me alegró oír eso, ya que realmente necesitaba un buen descanso. Así que entré a la carpa y dormí. Cuando desperté me extrañó no encontrar a Arash a mi lado, normalmente odiaba alejarse de mí. Me preocupé mucho, así que salí de la carpa y busqué a Arash, estaba muy alterada.

—¡Arash! ¡Arash! ¿Dónde estás? ¿Dónde estás, Arash? —gritaba.

—Leiza, ¿qué sucede? —me preguntó Kaly.

—¿Has visto a Arash, Kaly?

—Sí, Leiza, está con Menelik por allá. Ven, sígueme.

Decidí seguirla para encontrar a mi hermanito, pero Kaly corría muy aprisa y me costaba trabajo alcanzarla. En un momento se detuvo y señalando hacia una pequeña laguna me dijo:

—Ahí están nadando en el laguito.

—¡Menelik! —grité enojada—, ¿qué rayos haces con Arash?

—Le estoy enseñando a nadar, ¿hay algún problema? —me respondió un poco avergonzado.

—¡Claro que hay un problema!, si se moja se va a enfermar y de dónde vamos a sacar la medicina que necesitará para mejorarse —le dije muy enfadada—. ¡Saca a Arash del lago en este mismo instante!

—Muy bien. Arash, será mejor que salgas del lago, tu hermana está un poco furiosa —le dijo Menelik.

—Leiza, pensé que eras más divertida —me dijo Menelik—, ahora ya te voy conociendo bien.

—No es que sea aburrida —le respondí—, lo que pasa es que yo sí me preocupo por mi familia.

No sé por qué dije eso, pero en ese momento Menelik se enfadó mucho conmigo y se marchó. En ese instante me llené de orgullo y le dije:

—Bien, vete, no me importa, al cabo ni te necesito. ¡Arash y yo estaremos muy bien sin ti!

—Bien, pues mejor para mí, porque al único que quiero de ustedes dos es a ti, que diga, ¡a Arash!, y no me harás cambiar de opinión.

Me sentí muy feliz por lo que dijo, así que me di la vuelta agarrando a Arash de la mano y le grité:

—Te deseo suerte buscando a alguien que te quiera tanto como yo.

Menelik se dio la vuelta y, al parecer, me quería decir algo, pero su orgullo no lo dejó. Arash y yo llegamos a la carpa donde descansamos la noche anterior y dormimos.

Al día siguiente estaba llena de tristeza por lo sucedido, así que mientras Arash dormía salí de la pequeña carpa con los ojos llenos de lágrimas y me solté a llorar corriendo a otro lugar para que nadie me viera. Encontré un árbol frondoso y me senté debajo de él a seguir llorando. De pronto escuché que alguien me llamaba. Levanté la mirada y era Menelik. Me pre-

guntó por qué lloraba, pero no le respondí, así que se sentó a mi lado, me dio un fuerte abrazo y me dijo:

—Leiza, en serio lo siento, no sé qué me pasó, creo que fue el orgullo el que se apoderó de mí, te suplico que me perdones, no quiero verte llorar —me alzó la cara y me dio un beso en la mejilla, mientras que de su ojo salió una pequeña lágrima.

—Te quiero mucho y no me gusta verte así, mucho menos si soy yo quien lo provoca —me dijo medio decaído.

—No lloro sólo por lo que pasó —le decía mientras lloraba—, también lloro porque extraño mucho a mi padre, no sé ni qué le pasó y mucho menos dónde está.

—Tranquila, ya no llores más, te prometo que no descansaré hasta encontrar a tu padre y si es necesario daré mi vida para verte feliz a su lado.

Cuando él dijo eso me llené de alegría y me di cuenta que no todas mis oportunidades con él habían muerto, y llena de esperanza le pregunté:

—¿Hablas en serio, Menelik?

—Sí, ¿o acaso me ves cara de mentiroso?

—¡Claro que no!, todo lo contrario.

—Y... ¿eso qué quiere decir?

Cuando Menelik me preguntó me llené de vergüenza y me sonrojé muchísimo, supongo que se dio cuenta de la pena que yo sentía y me dijo:

—Creo que será mejor que volvamos a descansar.

Llamó a Kaly y regresamos a la carpa. Ahora sí todos pudimos dormir más tranquilos. Al día siguiente Menelik había levantado todas las cobijas y mantas con las que dormíamos en el suelo, eso me extrañó, entonces le pregunté qué hacía:

—Estoy levantando nuestras cosas.

—¿Para qué?

—Para salir a buscar a tu padre, ¿o qué?, ¿creíste que era juego?

—La verdad sí, pero mejor partamos cuanto antes, ya quiero hallar a mi padre...

Salimos del lugar en donde estábamos y, siendo honesta, ya me estaba acostumbrando un poco, pero prefería irme de ahí y encontrar a mi padre.

Pasaron muchos días, estábamos muy cansados, hambrientos y solos, y por cada día que pasaba yo perdía las esperanzas de encontrar a mi papá. Además, no era justo que Menelik se estuviese desgastando buscando a mi

padre. Cuando lo encontráramos, ¿qué pasaría con él y Kaly? Estaba llena de dudas, así que decidí preguntarle.

—Oye, Menelik. Cuando hallemos a mi padre, ¿qué pasará contigo?

—No te preocupes por eso. Mejor preocúpate por encontrar a tu papá.

Me llené de angustia y curiosidad por lo que le pasaría, pero no quería que se volviera a enojar conmigo, así que decidí quedarme callada.

Después de algunos días regresamos a Irak. Al llegar me sentí muy asustada, había miles de cadáveres en el suelo. Era obvio que todos esos cuerpos pertenecían a gente nacida ahí. Caminábamos con mucha cautela por el miedo a que nos atraparan y nos hicieran lo mismo que a esas personas. Arash se sentía muy temeroso y se aguantaba las ganas de llorar porque sabía que no le convenía hacerlo. En ese momento me invadió la tristeza. ¿Y si mi padre era uno de esos cadáveres?, ¿y si no estaba donde creíamos? En ese instante Menelik dijo que nos escondiéramos porque creía haber visto un soldado estadounidense. Me llené de miedo y me escondí. Asomé la cabeza para ver al soldado y me sorprendió lo que vi. Al parecer no era un soldado, era una persona cualquiera vestida con harapos y parecía que esa persona cualquiera era... ¡mi padre! En ese instante me llené de alegría.

—¡Menelik! ¡Menelik! ¡Allí está mi padre, vamos! —le grité.

—Leiza, guarda silencio, nos encontrarán.

—¿En serio es papá, Leiza? —preguntó mi hermano.

—Sí, Arash, es él.

Arash y yo salimos corriendo para abrazarlo. Cuando él nos vio comenzó a correr hacia nosotros con los brazos extendidos.

—¡Arash!, ¡Leiza! ¡No puedo creer que estén aquí! —nos decía mi padre.

—¡Nosotros tampoco lo creemos, papi! —dije.

Fue en ese instante tan hermoso que Kaly llegó corriendo y nos dijo que un soldado había lastimado a Menelik. Mi padre, Arash, Kaly y yo fuimos corriendo a socorrerlo. Al llegar vimos un soldado amenazándolo con un arma, pero por suerte mi padre también tenía una, así que la sacó y le disparó.

Con lágrimas en los ojos fui corriendo hacia donde estaba Menelik, lo tomé entre mis brazos y noté que el soldado lo había herido.

Entre llanto le dije:

—No me dejes, Menelik, te necesito.



—Tranquila, Leiza, no llores más —me decía muy asustado—. No llores, sabes que odio verte así y sobre todo si soy yo quien lo provoca.

—Pero no quiero que me dejes, te necesito a mi lado, ¡no quiero que te vayas! —dije.

—Siempre estaré a tu lado mientras tú me recuerdes y me tengas en tu corazón.

Me tomó de la mano y con sus últimas fuerzas me dio el beso más hermoso que pude haber recibido en toda mi vida. Tristemente ésa fue la última acción de Menelik.

En ese instante entré en una gran ruleta de emociones, me sentía enfadada porque Menelik había muerto, porque no aproveché los últimos momentos con él, pero también me sentía feliz porque siempre había estado conmigo en las buenas y en las malas, y porque a fin de cuentas Menelik cumplió su promesa...

**No estoy sola**

*Ariadna Fernández Lozada*

Dibujo ganador del primer lugar en la categoría de 13 a 15 años.



# Los pequeños refugiados\*

Ángel Manuel Iniesta Ríos

**T**engo frío. Está lloviendo. Mi madre, a gritos, se abre paso entre tanta gente. Sólo veo al fondo piernas que no se mueven; escucho las transmisiones de las radios y las sirenas de la policía. Mi mamá entre llantos me dice que todo va a estar bien, que debo ser valiente.

—Escribe todo lo que pase en tu viaje —dice al tiempo que me entrega un cuaderno.

—¿Qué está pasando, mamá? —le pregunto.

Ella me abraza antes de que me suban a un helicóptero junto con otros niños y niñas. Comienza a despegar la aeronave. Al alejarme de mi madre empiezo a llorar, no sé qué está pensando; luego, una niña con voz un poco temblorosa me dice que deje de llorar.

—Y tú, ¿quién eres? —le pregunto.

—Samanta. ¿Y tú? —contesta mientras me sonrío y extiende la mano.

—Diego —le digo—. ¿Qué está pasando?, ¿adónde nos llevan?

Ella me tranquiliza y me explica que por ahora es peligroso que sigamos aquí, que nos trasladarán a un lugar más seguro, donde no hay guerra.

Conversamos por un tiempo durante el viaje, hasta que llegamos a Perú. Siento miedo, aquel lugar tiene un olor que me recuerda a los hospitales. No me alejo de Samanta.

—Señor —le dice Samanta a un hombre uniformado que nos observa—, ¿podría explicarme en dónde estamos?

---

\* Cuento con mención honorífica en la categoría de 9 a 12 años. Es importante mencionar que el tercer lugar de la categoría de 9 a 12 años se declaró desierto con fundamento en la cláusula octava de las bases de la convocatoria.

—Estamos en un centro para refugiados al que traemos a todos los que lo necesitan —le contesta el uniformado.

—¿Y por qué lo necesitamos? —pregunta Samanta.

El hombre dice que todos los refugiados de guerra lo necesitan.

—¿Refugiados de guerra? —pregunto de inmediato.

—Su país actualmente se encuentra en guerra ya que el pueblo se ha rebelado contra el gobierno opresor —nos explica.

A mi pregunta sobre cuándo volveremos responde que no lo sabe, pero que no cree que sea pronto, por lo menos no hasta que la situación se calme. Y la idea de que tal vez no vuelva a ver a mi madre me provoca ganas de llorar.

—¡Todos a comer! —grita una mujer mientras todos se van a la mesa.

Me siento al lado de Samanta y nos sirven un plato con sopa.

—¿De dónde eres? —me pregunta.

—Del Distrito Federal —respondo—. ¿Y tú?

—¿Yo? Bueno, era del Estado de México, pero... después me mudé —responde.

—¿Adónde te mudaste? —le pregunto.

—De hecho a ningún lugar específico, he estado viajando —dice Samanta.

—¿Con tus padres? —cuestiono enseguida.

—No, ambos murieron en un accidente desde que era muy pequeña —me contesta.

—Lo lamento —respondo mientras ella agacha la cabeza y dice:

—Sí, yo también.

Volteo hacia enfrente y sólo logro ver una gran nube de humo expandiéndose por todo el lugar.

—¡Corre! —grita Samanta.

Con dificultad comenzamos a correr, pues el humo no nos deja ver, pero con suerte encontramos una ventana abierta por la que podemos escapar. Al salir vemos una calle que puede sacarnos de ese lugar, así que corremos hacia ella.

—¿Adónde vamos? —le pregunto a Samanta.

—¡A donde sea, lejos de aquí! —responde.

Estoy muy asustado por lo que acaba de pasar, pero la sigo sin detenerme, pues no tengo otra opción. Caminamos por varias horas hasta que

oscurece y nos adentramos en un callejón, en el cual –según ella– es bueno pasar la noche.

—No te preocupes, encontraremos ayuda pronto —me dice Samanta.

Han pasado ya dos días y no hemos conseguido mucha comida en la basura, pero por lo menos no hemos muerto de hambre. Samanta me dice que es hora de buscar en otro lado a alguien que pueda ayudarnos, pues a la poca gente que pasa por ahí parece no interesarle nuestra situación.

Sin nada que perder atravesamos un campo enorme que parece que no llega a ningún lado, pero después de algunas horas y a punto de anochecer podemos ver a lo lejos un alambrado que rodea a una ciudad y, aunque cansados, nos acercamos corriendo. Saltamos el alambrado con mucha dificultad y luego buscamos a alguien que pueda ayudarnos.

Pensamos que no había nadie por ahí hasta que encontramos a un hombre que nos pregunta:

—¿Adónde van?

—A ningún lado —le responde Samanta algo exaltada.

—Pues deberían —contesta él mientras se acerca a nosotros.

Ese hombre cambió nuestro destino, nos llevó a una institución para niños abandonados. Ahí nos proporcionaron lo necesario para vivir y también educación. Hemos aprendido a respetar y a querer a nuestros compañeros –que son como nuestros hermanos–, quienes a pesar de no compartir la misma nacionalidad comprenden que no importa de dónde se es o de dónde se proviene, pues al final todos pasamos por lo mismo, nos necesitamos para protegernos mutuamente.

Hemos compartido nuestras tradiciones, nuestra forma de hablar y nuestros recuerdos, porque aun cuando somos niños, no por eso dejamos de respetar a los demás, de reconocer que quizá hay un mañana para todos nosotros, que una nacionalidad no nos hace mejor o peor, que tenemos que luchar para algún día regresar a nuestros hogares o crearnos uno, pero mientras tanto hay que seguir viviendo.

**Mi país está herido y necesito refugiarme para sobrevivir**

Arturo Vieyra Gama

Dibujo ganador del segundo lugar en la categoría de 13 a 15 años.



# Los refugiados\*

Xiomara Flores García

**E**n la capital de Paraguay, Asunción, vivía una niña de nombre Amanda. Ella era muy alegre y simpática, se interesaba en las ciencias naturales y de grande quería ser una gran bióloga. Vivía con sus padres en una casa muy hermosa –la cual Amanda adoraba porque la había construido su abuelo ya muerto– en un pueblecito de la provincia.

En el vecindario donde vivía todos eran muy agradables y, afortunadamente para Amanda, las casas de sus amigos de la escuela estaban cerca. Ella estudiaba el primer grado de secundaria. La secundaria a la que asistía era una escuela técnica. Tenía muchos amigos, pero de todos ellos a quienes más quería era a Alejandro y Andrea. Más que nada los consideraba mejores amigos porque a pesar de que les gustaban cosas diferentes, compartían la misma pasión por las ciencias naturales, tanto que leían su libro de texto una y otra vez, además buscaban revistas y libros en la pequeña biblioteca de su escuela.

Cierto día Amanda jugaba en el vecindario con Andrea y Alejandro, cuando de la nada vieron cómo algunos pájaros volaron, algunos perros de la calle corrieron inquietos sin rumbo claro, y ciertas aves de corral se sacudieron inquietas, como presintiendo que algo malo pasaría.

La tierra comenzó a abrirse y en unos segundos el pequeño poblado quedó reducido a escombros y lamentos. Lo que se observaba alrededor era catástrofe, desesperación, gritos de auxilio; luego empezaron a llegar rescatistas y gente para ayudar.

---

\* Cuento con mención honorífica en la categoría de 9 a 12 años.

Mientras iban quitando los escombros del pueblo encontraban más habitantes, algunos con heridas leves, otros que necesitaban hospitalización urgentemente y casos más fuertes, como gente que desgraciadamente ya estaba muerta.

Amanda y sus amigos estaban en una pequeña pila de escombros de la que por suerte no fue tan difícil sacarlos. Tenían heridas pequeñas pero era necesario que se las atendieran.

El resto del día fue confuso. Escenas indescriptibles golpeaban la mirada y el corazón de los tres amigos. Ahora eran huérfanos, pues en el lugar donde antes estaba la amada casa del abuelo de Amanda sólo quedaban escombros, cenizas y los cuerpos de sus padres que habían quedado atrapados.

Los amigos siguieron su marcha abrazados para así apoyarse, con los ojos lagrimosos y los corazones acelerados. La incertidumbre crecía minuto a minuto.

Al amanecer llegaron al centro de la ciudad, ahí el terremoto de 8.9 grados en la escala de Richter había causado menos daño, a diferencia de su pueblo donde había sido el epicentro y todo estaba en ruinas.

Ahí se refugiaron en el hospital central, donde les atendieron sus heridas y les proporcionaron agua y alimentos. Esa misma tarde llegó la ayuda internacional y la Cruz Roja.

Fueron los primeros niños en ser trasladados a los países donde serían recibidos como refugiados, pues el sismo había dejado a miles de niños desprotegidos y sin familia.

Cuando la Organización de las Naciones Unidas y la Cruz Roja Internacional los trasladaron como refugiados a albergues en Estados Unidos, ellos fueron adoptados por una familia de médicos que no tenía hijos y vivieron felices.



## Si yo fuera un refugiado

*Itzel Huerta Sánchez*

Dibujo ganador del tercer lugar en la categoría de 13 a 15 años.



# Sin precedencia alguna\*

Antonio Miguel Mendoza

Sebastián Cisneros viajaba rumbo a la ciudad de México. Había tomado el tren de las 8:30 de la mañana en la estación central de Guadalajara; no tenía ni una hora de estar en el tren y ya comenzaba a aburrirse. Era un niño y, como todo niño, deseaba pasar el día jugando, no en un vagón de primera clase hecho para adultos y estando sólo con adultos.

Permanecía sentado del lado de la ventanilla. Observaba los prados, las montañas a lo lejos y de vez en cuando a un animal o una persona que andaba cerca de las vías. Miraba el cielo; le era imposible no recordar su país natal, su pueblo, el lugar que lo vio nacer: la madre España. Pensaba en la plaza cívica que había, ahí donde se encontraba la iglesia de fray Guzmán, ahí donde paseaba todos los sábados con su abuelita, dando algunas vueltas a la hermosa fuente que decoraba el centro del lugar. Recordaba las veces que ayudaba a fray Guzmán a limpiar su gigante biblioteca.

De pronto recordó y buscó en su bolsa de viaje un libro que le regaló fray Guzmán el último día, antes de ir a refugiarse a México. *Guzmán de Alfarache* era el título, se lo dio con la intención de que siempre lo tuviera en mente y de que por más remoto que fuera el futuro jamás olvidara a aquel viejo fraile. Sintió el libro de pasta dura, desistió de sacarlo, aún no era tiempo para leer.

En el borde de la ventana jugaba con sus dedos medio y anular, imaginaba que era un civil huyendo de la policía. No necesitaba moverlo mucho, utilizaba la marcha del tren y el paisaje era su escenografía constante y cambiante.

---

\* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 13 a 15 años.

De pronto sus ojos se humedecieron. Recordó aquella noche en la cual un fuerte ruido despertó a todo el pueblo. Un ¡boom! se oía cada vez más cerca y más fuerte: estaban bombardeando el lugar. Recordó que su padre entró a su habitación y lo sacó llorando de su cama. Revivió aquel miedo a la muerte que sintió, y por último recordó que mientras se alejaba, aún con la ropa de dormir puesta, volteó; y volteó sólo para ver cómo su casa –aquella gran mansión que albergó un prodigioso linaje– era destruida por un proyectil que la calcinó al instante. Nadie le dijo que esa noche había muerto su abuela, no tuvieron tiempo de decirle.

Al día siguiente lo mandaron en barco rumbo a México, lo mandaron solo. De aquel dinero amasado desde tiempos de la Conquista sólo quedaba lo suficiente para un boleto. Sus únicas pertenencias eran su ropa de dormir, dos mudas para que se las turnase, una fotografía de toda su familia –la única que pudieron salvar– y una carta destinada a un pariente del cual nunca había oído hablar; era un primo o un hermano de su mamá. Antes de partir le dieron instrucciones claras, guardaron en la bolsa de su camisa una moneda de oro y le advirtieron que no informara a nadie que la llevaba. Le dijeron que cuando desembarcara lo estaría esperando su tío o algún lacayo de él.

Estaba a punto de romper en llanto cuando sintió cómo lo tomaba del hombro una mano suave; era su tío que, al percatarse de su tristeza, decidió mandarlo a dar una vuelta por los vagones, sin alejarse tanto. Sebastián aceptó con un hondo penar. Caminaba lentamente, veía a todos lados con la intención de hallar a algún niño de su edad, un niño diferente a los que había encontrado en Guadalajara a su llegada. Esos niños lo miraban con odio profundo, un odio transmitido de generación en generación, añejado desde tiempos de la Colonia. Ellos no olvidaban la denigración hecha hacia el país por parte de su *raza*, como denominaban a la familia de Sebastián. No permitían que se les acercara, siempre que pasaba por las calles le lanzaban insultos y piedras mezcladas con excremento de quién sabe qué y no sé qué otras cosas. Su llegada a Guadalajara no fue la más grata; frases como “ahora sí nos necesitan, ¿verdad?” o “¡regrésate a Europa, *blanquito!*” eran las más vociferadas.

Le costaba mucho trabajo adaptarse a la forma de hablar del mexicano. Le decía a su tío que era algo muy tosco para él, algo muy diferente a lo que estaba acostumbrado a oír en España. Tenía apenas dos meses de estar en

México y ya había dejado de decir palabras como *vosotros, oíd, vuestra* y todas aquellas que delataran su origen español; quería encajar, no quería estar exiliado en el refugio.

Volvió a su asiento después de un rato, sin encontrar nada ni a nadie con quien pasar el tiempo. Se dirigían hacia la capital, no para un asunto de negocios como le dijo su tío sino para meterlo en un internado. Su tío tenía dinero de los contratos que hacía con las empresas, tanto locales como de otros estados, pero no tenía la disposición de hacerse cargo de él, como se le pedía en la carta de su hermana. Su tío pensaba dejarlo en el internado hasta que pasara el desastre de España. Cuando todo volviera a la normalidad iría a recogerlo para enviarlo de regreso con sus padres.

—¿Hasta cuándo sería eso? —se preguntaba el tío—. ¿Cuándo terminará la Guerra Civil?

Sebastián se quedó dormido hasta la llegada a la capital. Habían pasado varias horas, era la tarde del día siguiente. No le sorprendió lo mucho que había dormido, sólo dormido podía olvidar sus penas; él ya no soñaba.

Llegaron a la capital dos días antes de que Sebastián pudiera entrar al internado. Su tío rentó una habitación en un hotel del centro, muy cerca de lo que años más tarde llegarían a ser las concurridas calles que circundan el Zócalo. El tío decidió llevarlo a conocer los alrededores: al Palacio de Bellas Artes —inaugurado apenas tres años atrás—, a dar un paseo por el bosque de Chapultepec y, si alcanzaba el tiempo, ir a comer un helado... hacer feliz al pobre chiquillo que ya no sólo había perdido a su abuela sino también a su hermana.

En efecto, una semana antes de llevarlo al internado, el tío recibió una carta de la madre de Sebastián en la que le informaba que su sobrina había muerto de una pulmonía. En dicha correspondencia le pedía compadecerse más de ellos, ya no sólo cuidando del niño sino ahora también mandándoles un poco de dinero, por módica que fuera la cantidad sería de utilidad para la crisis. El tío nunca mandó dinero alguno a su familia en el viejo continente, creía que ya con mantener al hijo era suficiente; aun así, las cartas no dejaban de llegar, siempre con agradecimientos y benevolencias hacia él.

Pasados los dos días, Sebastián Cisneros fue recluido en el internado. Lo último que pudo ver de aquel “nuevo mundo” fue al viejo al que llamaba tío, vestido de traje color verde, alejarse lentamente para tomar el tranvía que lo llevaría a la estación de trenes para regresar a Guadalajara.

Un año más tarde llegará el día en que Mateo Herrera muera postrado en su cama, en una casa habitada por criados. Para entonces nadie podrá pagar el costo del internado. Así, Sebastián Cisneros saldrá por primera vez de ese lugar. Buscará la manera de regresar a Guadalajara; pedirá dinero a unas monjas, el suficiente para un boleto de tren y una camisa nueva. Ya no tendrá el acento con el que llegó de España; para entonces contará con 14 años. Viajará en el tren rumbo a Guadalajara y recordará la primera vez que vio esos paisajes por donde pasaba. Arribará a Guadalajara, buscará la casa de su tío, le reclamará el haber dejado de pagar el internado y exigirá la respuesta a por qué lo metió en ese lugar.

Se enterará por el mayordomo que lo recogió en el puerto de Veracruz que su tío había fallecido hacía unas semanas. Lamentará la pérdida de su benefactor. Le informarán que las últimas cartas de su familia habían llegado hacía cinco meses. Romperá en llanto. Leerá la última carta en donde quien habla no es su madre, tampoco su padre y por obvias razones tampoco su hermana. Será un notario quien escriba esa carta, nada más para pedir dinero al último pariente que puedan contactar para pagar los gastos del entierro de dos personas: María Herrera y Cristóbal Cisneros.

Para entonces el joven estará en un estado de aflicción. Saldrá a vagar por las calles con casi las mismas cosas con las que llegó. Se sentará en una banca y sacará de su bolsa de viaje el libro que le regaló fray Guzmán. Junto con él encontrará la moneda de oro que le dieron antes de partir, la apretará con todas sus fuerzas, jurará no gastarla nunca, comenzará a leer el libro y llorará. Llorará por no conocer a nadie, llorará porque su familia habrá perecido. Y así quedará solo en un mundo nuevo, refugiado de su patria al igual que miles de personas más y sin saber cuándo acabará el problema que aqueja a su nación.

**¿Y si yo fuera una persona refugiada?**

*Martha Vanessa Cruz Bautista*

Mención honorífica en la categoría de 13 a 15 años.



# Cenizas del invierno\*

Nathalia Desiree Escamilla Camacho

Los muros retumban con el potente estruendo de los cañones, liberan sus cenizas sobre mi cabeza dejándome una cabellera casi plateada de polvo invernal. Mientras el aire se satura con los gritos de las personas a mi alrededor, de niños con los rostros llenos de miedo y poca esperanza, mi corazón late como el de un colibrí, tan acelerado que puedo sentir la sangre fluir por mis oídos de forma ensordecedora.

¿Cómo la ambición y el hambre de poder de un hombre pueden desencadenar tanto dolor y sangre?

Niños sin padre, incluso sin madre, huérfanos; hombres convirtiéndose en asesinos, tiñendo sus manos con la sangre de sus semejantes; y la tierra que me vio nacer haciéndose un río de sangre, ahogando los últimos alientos de soldados agonizantes, tendidos y heridos, encomendándose a Dios para librar su batalla por la supervivencia de los que dependen de ellos.

Hermanos, tíos, padres, hijos, primos, todo perdido en un solo segundo, con el brillo que ciega sus ojos, chupando su vida como una serpiente voraz aún no satisfecha de tanto sino sedienta de más.

Y escucho aquel distante poema de Catulo, que en un principio no había tenido la madurez de comprender con facilidad, pero que con el hervor de la batalla crea un muro rígido como el hielo.

Muchas naciones crucé y muchos mares, hermano mío, para venir a dedicarte estos infelices ritos fúnebres, como último tributo a la muerte, y como intento de hablar con estas mudas cenizas.

---

\* Cuento ganador del segundo lugar en la categoría de 13 a 15 años.

Desde que la Fortuna tan injustamente nos separó, me privó ¡ay de mí!, de la alegría de verte.

Pueda al menos yo, ahora, fiel a nuestros ancestros que han conservado el deber de estos tristes ritos funerarios depositar sobre tu tumba estas lágrimas como ofrenda, y en la eternidad, hermano, saludarte y despedirme.

—¿Tessa? —la voz consciente de mi hermana menor me guía a dejar aquellos trágicos pensamientos para observar fijamente su redondo rostro manchado de tierra, con ojos grises, cristalizados y llenos de temor, que mi corazón se encoje de dolor.

—¿Te sucede algo, Rocío? —le pregunto mientras acaricio ligeramente su mejilla, está temblando.

—¿Quiénes son estas personas? —me dice a modo de respuesta mientras su mirada inocente se posa en las mujeres y los hombres vestidos de blanco que nos rodean. Mi mente vagabunda a duras penas procesa todo.

Dejamos la tierra que nos vio nacer para sobrevivir. Aún extraño lo verde de los campos fértiles, cuyo brillo reflejaba la luna convirtiéndolos en cristales de esmeralda, o el aire frío de la nieve cayendo sobre mi rostro, haciéndome sentir que volaba; pero no podría soportar verla convertida en un mundo de fuego y negra muerte. No podía describir cuán agradecida estaba con esos valientes seres humanos que trataban de ayudarnos a por lo menos aguantar la pérdida hasta el fin de esta pútrida guerra. Suspiré hondo:

—Tratan de ayudarnos, por lo menos ahora que somos así —contesto con voz temblorosa y los ojos grises de mi hermana se llenan de lágrimas transparentes que al correr por sus mejillas se tornan café oscuro.

—¿Qué somos ahora, Tessa? —me pregunta con voz bajita, mientras la aparto del hombre herido que se encuentra a su lado tosiendo de nuevo. El asco que pudo producirme su pierna descarnada sólo podía ser superado por la promesa que le hice a mis difuntos padres. La calma me regresa poco a poco con el segundero:

—Hemos cambiado, la tierra que nos vio nacer ya no es más que algo vago. No quiero asustarte, mi dulce hermanita, pero ya no hay nada por lo cual volver a atrás, más que dolor —mi voz afónica se oía cruel e incluso fría, mi hermana comenzó a llorar desconsolada y verla me dio la pauta para querer hacerlo también, pero trataría de ser fuerte por ella, por lo perdido, por mi madre, por mi padre y por la gente que era víctima de este horror injustificado.



Ninguna guerra, por muy buenos que sean los fines a los que aspire, sería justificable. Me quedé tiesa, con los brazos alrededor del cuerpo de Rocío, que lloró hasta dormirse. En la inmensa oscuridad de aquel refugio improvisado no pude concebir el sueño por más que mis párpados lo gritaran en mi cara, temía que al cerrar los ojos pudiese tener pesadillas y revivir el horror.

Una respiración agitada me hizo mirar a un lado, no era la única chica refugiada solitaria que se mantenía alerta por la noche a la espera de cualquier cosa posible. Justo a unos metros de mí, atravesando las mantas que cubrían a los demás sumidos en el sueño profundo, se encontraba un joven de la misma edad que yo. Sostenía un bulto entre las manos que, ante mi horror, resultó ser un bebé dormido; me miraban con admiración sus profundos ojos verdes grisáceos.

Con cuidado deposité a mi hermana en el suelo, acomodando su cabeza para dejarla en una posición libre de restricciones. A puntillas recorrí la distancia que me separaba del chico, casi cayéndome a la mitad; me arrodillé a su lado y en su rostro se reflejó una sonrisa sincera pero cansada:

—Hola, me llamo Aarón. ¿Y tú? —me preguntó.

Me incomodé un poco por la mujer que estaba a su lado, quien al moverse me jaló del pie, pero el chico me sostuvo para evitar que me cayera.

—¿Es tuyo? —le pregunté mirando fijamente al bebé.

Me pareció una ternura. El joven sonrió apretando al pequeño con protección; pude percibir cómo su miedo se encendía por la pregunta, pero yo no pretendía hacerle algo.

—Es mi hermanito menor. Mi madre nos abandonó cuando supo que estallaría esto; mi padre entró al campo de batalla y durante los bombardeos asesinaron a mis dos hermanas mayores por tratar de ocultarnos —relató perdido en su propio mar de pensamientos. Me turbé cuando lo dijo de tal manera, tan fría como un cubo de hielo. Pasé la saliva que se acumuló en mi garganta:

—Lo lamento mucho —le dije.

—No es de lamentarse, no podías saberlo aunque lo adivinaras. ¿La niña que estaba durmiendo en tu regazo es tu hermana?

—Sí, la misma historia, sólo que mis padres están más que muertos —le dije tratando de ser suave, pero me dolía como fuego ardiente en mi boca o un hierro al rojo vivo incrustándose en mi corazón. Aarón se agitó:

—Suponía eso. Me alegra que seas tan valiente, yo no tengo nada de eso.

Aunque me halagó su comentario, lo negué:

—Yo no soy valiente, por el contrario; pero tú sí, respondiste a la tragedia sobreviviendo a tanto dolor en un tiempo corto —le dije.

—A veces tiene que ser así. La vida en la que pudimos ser algo ya no existe; lo que nos queda es el presente. Y aunque las personas a las que queríamos se hayan ido, pues habrá que hacer valer su sacrificio —recitó como en un poema que me llegó poco a poco.

—Me alegra que pienses así, Aarón.

—¿Tú cómo estás tomándolo?

—Mal, me siento cansada, como un parásito dependiendo de la hospitalidad que estas personas nos ofrecen. No sé qué haré después de que pase la tormenta, si me iré a otro lugar o tal vez dejaré de existir dejando a mi hermana sola... Es más que desesperante, quiero protegerla pero es inútil —dije empezando a llorar. Inesperadamente me pasó un brazo por la espalda, apretándome a su costado cálido; su corazón latía a través de la delgada piel desnutrida.

—Se sobrevive primero. Después puede que pasen muchas cosas, pero mientras sigas viva todo es posible. Se vale soñar, Tessa —me consoló.

—¿Tú lo crees? —le pregunté más calmada. Sentí su risa brotar.

—No pero, como te dije, se vale soñar —contestó calmado.

Nos quedamos juntos, aun sin conocernos más que por una vulgar charla, pero sí unidos por la tragedia que esta inútil batalla nos trajo.

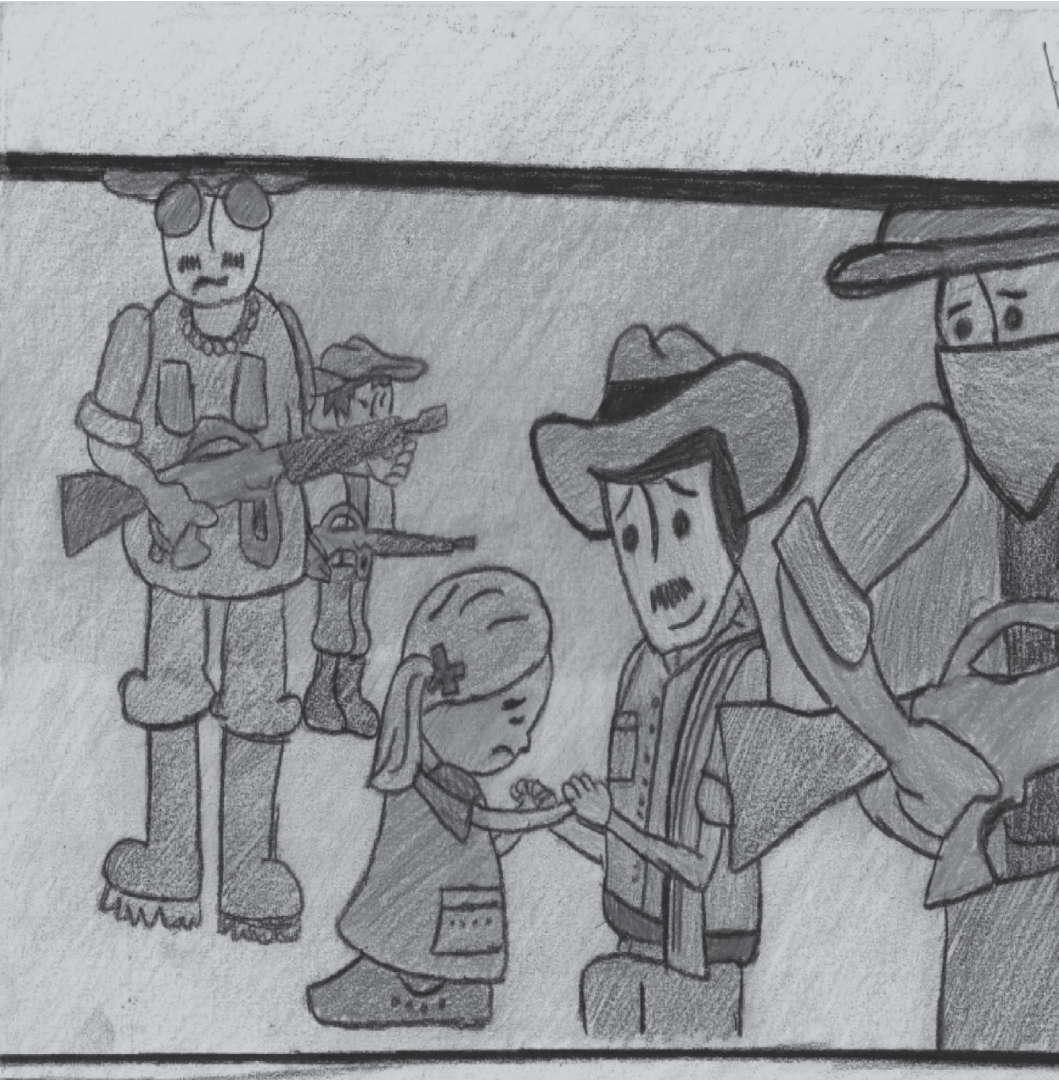
El silencio, por primera vez en tres años, se hizo cómodo, un amigo entrañable de mi vida. Miré a mi hermana y pensé en lo que nos depararía el futuro incierto, aunque al parecer nunca lo sabría con exactitud; si moriríamos o viviríamos para contarle a nuestros hijos, para que aprendan de la experiencia y no repitan los errores que nos llevaron a terminar refugiadas en un sucio rincón, dependiendo de otros a cambio de nada.

Por primera vez desde que salimos de Polonia, me dejé llevar por el sueño profundo, sutil como una nube pero tan amigo de mi recuerdo como nada. Corría 1940 y tenía 17 años, soñé con mis recuerdos convertidos en cenizas: mis únicas cenizas de invierno.

**Llevando refugiados**

*Vania Ivette Enciso Gómez*

Mención honorífica en la categoría de 13 a 15 años.



# Empezó un día\*

Evelston Omar Fuñez

**E**mpezó un día muy caluroso. Yo iba para la escuela cuando de repente en el camino me llamaron los maras y me dijeron que les ayudara a vender drogas. Yo les contesté que no y seguí caminando, pero iba nervioso a la escuela. Entré a clases, aunque no quería hacer nada porque estaba preocupado por lo que me habían dicho esos hombres. Entonces la maestra me preguntó:

—¿Qué te pasa? Te veo muy nervioso.

—Nada. Claro que estoy bien, nada pasa —le contesté.

Terminó la clase, era hora de partir a casa y tenía mucho miedo de ir solo. Ya estaba oscureciendo, pero agarré mucho valor y me fui caminando. Durante el trayecto miré al grupo de maras que venía hacia mí y yo empecé a temblar; me agarraron de la mano y me llevaron a un lugar muy extraño. Me hicieron preguntas como en dónde estaba toda mi familia, y yo les respondí que no sabía. Ellos me dijeron:

—Te vamos a soltar, pero mañana queremos todas las respuestas porque todavía nos debes algo, ya que no quisiste vender droga, así que mañana te miramos.

Me fui caminando triste. Me puse a llorar en el trayecto, y antes de llegar a la casa me pregunté en mi mente: “¿por qué me pasó eso? Ahora estoy en graves problemas con esa gente, si no les traigo respuestas mañana matarán a toda mi familia”. Llegué a casa muy triste y mi mamá me preguntó:

—¿Qué te pasa, hijo?

---

\* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 13 a 15 años.

—Los maras me preguntaron que dónde está toda mi familia y si no llevo respuestas mañana nos matan a todos nosotros —le dije llorando.

Mi mamá platicó con mi papá esa noche y decidieron que debíamos salir inmediatamente de la casa y del país. Aquella misma noche empaqué mis cosas con mucho dolor en mi alma porque estaba dejando mis estudios, abandonándolos por culpa de los maras; y más triste aún por mis amigos y mi hogar. Sin embargo, tenía que hacerlo: salir del país por el bien de mi familia.

Esa noche nos fuimos a la central camionera y abordamos el autobús que iba hacia Guatemala. El viaje fue muy largo, me sentí muy estresado en el camino. El lugar al que llegamos era muy extraño porque había personas distintas que tenían vestimentas raras y una comida diferente.

Estuvimos un día en Guatemala y al siguiente salimos para tomar otro autobús que nos llevaría a la frontera de Guatemala y México; miramos a diferentes personas, siempre me sentía extraño. Yo me preguntaba: “¿Cómo será México? ¿Será igual que mi país? ¿Será peligroso o será espantoso? No sé”.

Caminamos durante 18 horas. El paisaje era muy solitario, con muchos montes por todo el camino y muchos animales. De repente observé otra diferencia al llegar a México: nunca había visto un lugar tan reforzado con la guardia y muy seguro. Les dije a mis padres:

—Me siento feliz en el lugar a donde me trajeron. Me siento seguro en el lugar donde estoy con ustedes, pero ahora me falta algo más —al cuestionamiento de mis padres sobre lo que me hacía falta yo les respondí—: mis nuevos amigos.

—Claro que sí, ve a buscarlos —me dijeron y me mandaron a la pulpería, pero no conocía dónde quedaba porque era nuevo en ese lugar.

Un chiquillo me llevó a la pulpería; así tuve a mi primer amigo. Me fui acostumbrando poco a poco a las cosas, fui conociendo las costumbres de nuevos lugares en México. ¡Y así vivimos seguros por siempre!

## ¿Mejor?

Anhel Ketzalli Manrique Díaz

Mención honorífica en la categoría de 13 a 15 años.



# Viviendo en tierras mexicanas\*

Juana Maricela García Reséndiz

**E**lisa tiene 18 años de edad. Ella y sus padres están desesperados por irse lejos de su casa ya que el país donde viven, El Salvador, está en un conflicto armado. Ella y su familia se van en su auto hacia el aeropuerto; quieren comenzar otro tipo de vida, sin violencia. Al llegar allá los padres de Elisa, Diana y Antonio, van a comprar los boletos pero la recepcionista solamente les puede entregar uno, ya que desafortunadamente es el único lugar que queda en el avión y después de este vuelo no saldrán más a ningún otro lugar.

Diana y Antonio deciden darle el boleto a su hija, pero ella no quiere dejar a sus padres en aquel país donde podría pasarles algo grave. Sus padres se dan cuenta de que no quiere dejarlos, así que la animan a que se suba al avión diciéndole que ellos estarán bien.

Elisa, triste, sube al avión. Observa a sus padres desde la ventanilla y se despide cariñosamente de ellos. Diana y Antonio hacen lo mismo, aunque decepcionados porque saben que nunca volverán a ver a su niña; sin embargo, les tranquiliza saber que ella ya no pasará por el conflicto armado que enfrenta El Salvador desde hace tiempo.

Después de varias horas el avión llega a su destino. Elisa no sabe qué hacer, ya que no conoce el lugar donde está y no tiene donde vivir, qué comer ni ropa para vestir. Se acerca a una persona que se encontraba en la acera para tomar un taxi y le pregunta en qué país se encuentra; esta persona le responde secamente que en México. No sabe qué hacer, su cabeza está trabajando más de lo debido; luego se pregunta qué va a hacer en un país

---

\* Cuento con mención honorífica en la categoría de 13 a 15 años.

completamente desconocido. Reacciona en segundos, agradece a la persona y se aleja caminando sin rumbo.

Elisa busca un lugar donde vivir pero se da cuenta que no tiene dinero para pagar algún hotel o departamento. Se acuerda que sus padres no le dieron nada para sobrevivir, así que pide dinero o algo de comer a las personas que ve pasar al lado de ella; sin embargo, éstas hacen caso omiso a sus súplicas.

A la chica no le queda más remedio que buscar un lugar donde le den asilo, pero se enfrenta a un gran problema: nadie quiere ayudarla. Ella camina en busca de un lugar donde pueda descansar. Después de un rato encuentra un sitio solitario y se dispone a dormir ahí. Al día siguiente despierta por el frío de la mañana y se da cuenta de que ya amaneció. Ve varios puestos de comida cerca, así que comienza a pedir dinero para poder comer; después de unas horas logra juntar unas cuantas monedas y va a comprar algo de comida. Llega a un puesto y pide de comer, apenas le alcanza para un pequeño plato de sopa.

Con algo en el estómago, comienza a caminar y piensa en conseguir un trabajo, pero al pasar las horas se desanima completamente; nadie le quiere dar trabajo porque no tiene experiencia y no cuenta con papeles, los certificados de estudio los dejó en El Salvador. Tristemente se pregunta: “¿de qué voy a vivir si no tengo dinero y tampoco un techo donde dormir?”. Así van pasando los días, pidiendo dinero para comer y leyendo algún periódico que se encuentra tirado para buscar empleos en los que pudiera trabajar; ya en la noche vuelve a dormir en el mismo lugar.

Un día, al despertar por el frío de la mañana, se encuentra con que un joven la observa. Ese joven se presenta rápidamente para no asustarla, le dice que se llama Gabriel, se muestra muy amable y le pregunta su nombre:

—Elisa —le responde desanimadamente.

—¿En dónde vives?

—Yo vivía en El Salvador pero tuve que huir porque mi país está en un conflicto armado. Pero mi verdadero problema es que me encuentro sola y no tengo qué comer ni un lugar para dormir.

Al escuchar su problema, Gabriel le cuenta que trabaja para el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR), pero Elisa no entiende de lo que le habla.

—Es una agencia que tiene el mandato de dirigir y coordinar la acción internacional para la protección de los refugiados a nivel mundial. Su obje-



tivo principal es salvaguardar los derechos y el bienestar de los refugiados y garantizar que todos puedan ejercer su derecho a solicitar asilo en otro Estado y disfrutar de él –le explica Gabriel a Elisa–. El ACNUR también tiene el mandato de ayudar a las personas ofreciendo protección y asistencia a decenas de millones de refugiados, buscando soluciones duraderas para muchos de ellos debido a fundados temores por la trata de personas y la persecución por motivos religiosos o conflictos armados, como el caso en que se encuentra El Salvador.

Al aclararle todas sus dudas a Elisa, Gabriel la invita a que lo acompañe a la agencia, ya que ahí le darán asilo por un tiempo, en lo que encuentran una solución a su problema. Al llegar, la chica ve a un grupo de personas de distintas edades –niños, niñas, jóvenes, adultos, ancianos–, todas realizando diferentes actividades: leyendo, jugando, charlando, etc. Gabriel le dijo que ahí se podía quedar en lo que la ayudaban a encontrar soluciones duraderas.

Después de bañarse, ponerse ropa limpia, comer como es debido y dormir lo necesario, Elisa se acercó a las personas que estaban refugiadas en ese lugar y casi todas le contaron los motivos por los que se encontraban ahí: algunas por trata de personas, otras por persecución por motivos religiosos y otras por conflictos armados, como el problema que ella tenía.

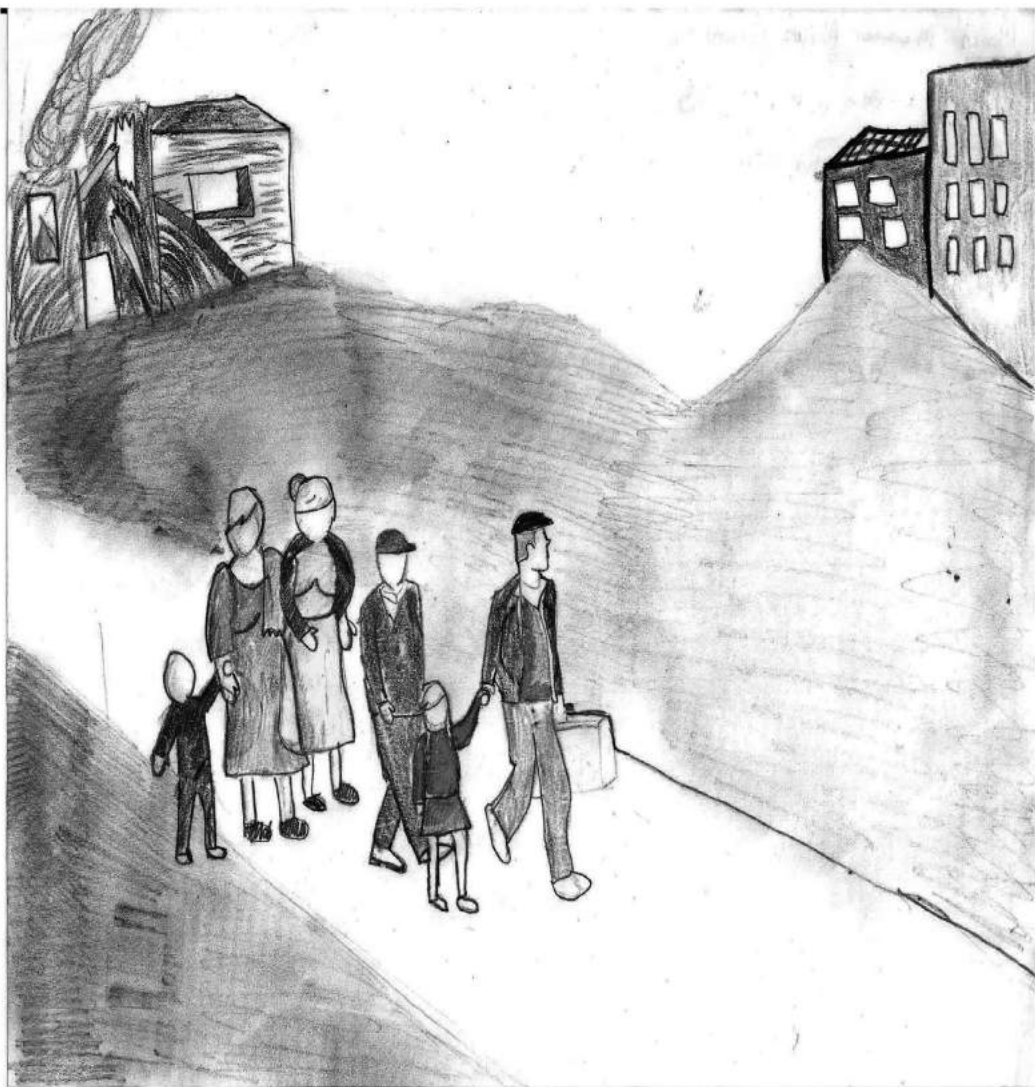
Al paso de los días Elisa se la pasa mejor. Ha hecho muchos amigos y conoce más acerca del ACNUR; que se encuentra en todo el mundo y ayuda a personas como ella y sus compañeros, que no sólo ayuda a los refugiados sino también a los solicitantes de asilo, niños, mujeres, hombres, personas con discapacidad, adultos mayores, pueblos indígenas, etcétera.

Cada día que pasa es mejor. Con el tiempo ella le ha enseñado cosas nuevas a sus compañeros, convive con mucha gente y se ha hecho muy amiga de dos jóvenes más o menos de su misma edad, quienes se llaman María y Virginia. Las tres se han vuelto muy buenas amigas y son inseparables, no saben qué hacer la una sin las otras; juntas se ayudan y saben por qué están en ese asilo. María es de Siria y Virginia de Líbano. Las tres juntas han decidido olvidar lo ocurrido en sus respectivos países y empezar desde cero viviendo en tierras mexicanas.

## Los refugiados

Marco Abraham Álvarez González

Dibujo ganador del primer lugar en la categoría de 16 a 18 años.



# Si yo fuera una persona refugiada\*

Yuritzi García Susano

**M**i nombre es Yuritzi. Actualmente vivo en Alemania, aunque no soy originaria de ese país, ya que yo nací en Afganistán. Mi familia y yo sufrimos mucho, no nos quedaba otra opción más que huir de ahí. Todo empezó por las guerras, incluso en el mismo país las envidias entre personas se fueron incrementando; había y hasta la fecha existe mucha maldad y violencia de unos hacia otros. A veces quisiera regresar al lugar donde nací, donde conviví, a mis costumbres, a mi idioma, en fin, a muchas cosas; sin embargo, pienso en cuánto se ha incrementado la maldad que regresar sería simplemente una locura.

Y esto es sólo una parte de todo lo que sucedió. Inclusive me daba miedo despertar en ese mundo de violencia; las personas morían cada vez más y más, ya no se podía confiar en nadie.

Iniciaron estrategias de robo de niños, adolescentes, adultos y personas mayores para simplemente venderlos a gente mala que no tiene valores; traficaban sus órganos o eran explotados sexualmente, a tal grado que daba enorme miedo ser una de esas personas.

Mi familia estaba frustrada, teníamos que escondernos de un lugar a otro dentro del mismo país, teníamos que luchar por nuestra vida para que no nos lastimaran física ni psicológicamente, ya que con tanto miedo no soportábamos estar más ahí.

No sólo era esa problemática. Después de un tiempo esta gente se empezó a meter con nuestra religión y costumbres; teníamos que obedecer todo lo que ellos nos pedían, pero alguien no estuvo conforme con lo que

---

\* Cuento con mención honorífica en la categoría de 13 a 15 años.

sucedía y se rebeló. Lo que pasó después lo supimos todos para que nos quedara clara la situación. El rostro y el cuerpo de esa persona fueron destrozados completamente; era demasiada la frustración para todos que algunos preferían que los mataran a seguir viviendo. En ese entonces creí que ya era lo peor, pero cuando me di cuenta esto seguía incrementándose cada vez más y más.

La situación continuó durante mucho tiempo, incluso aún no se termina. Luego de decidir quedarme en mi patria, pensando que después de un tiempo las cosas mejorarían, las situaciones fueron empeorando más de lo que yo imaginé. Empezaron a estallar bombas por todo el país, para mí fue muy triste ver cómo los propios afganos lo destruían. Estaban acabando con la tierra en donde nació. Eran muy discriminatorios ya que por cualquier motivo, donde nos veían, nos quitaban el derecho a la vida.

Nos refugiamos en un escondite junto a cientos de personas más que, como mi familia y yo, merecían vivir. Gente armada encontró el refugio; todos corrimos y corrimos, intentamos huir de los malvados, pero a mucha gente la mataron después de encontrar el lugar. Cuando parecía que todo estaba bien, estas personas nos volvieron a encontrar; mi padre nos protegió y nos dejó muy en claro que no teníamos que salir por ninguna circunstancia.

Mis hermanos, mi madre y yo sólo escuchábamos gritos, golpes, llantos, discusiones, incluso balazos. Al ocurrir la primera detonación, mi madre corrió a ver qué estaba sucediendo. Mis hermanos y yo tratamos de detenerla pero simplemente no lo logramos; luego oímos los llantos y gritos de mi madre. Yo decidí asomarme; me di cuenta de que habían herido a mi padre y un instante después vi cómo mataron a mi madre. En ese momento se me paralizó el corazón y todo el cuerpo; sentí como si me hubieran dado un golpe terrible, mas yo tenía que proteger a mis hermanos pues era la mayor.

Decidí no decirles nada, ya que tenía que salvar sus vidas; así que salimos por el otro lado, discretamente, y huimos. Nadie nos pudo encontrar, me sentía orgullosa de haber podido salvar sus vidas, pero a la vez me sentía tan mal por no haber salvado la de mis padres.

En algún momento vi cómo personas buenas se intentaban reunir, no sabía el motivo pero planeaban algo. Decidí acercarme y preguntarles qué era lo que planeaban; mostraron miedo cuando me aproximé a ellas, pensaron que era una de las personas que querían matarlas. Les dije que no

tuvieran miedo, que no los lastimaría por ningún motivo, que sólo quería huir del país y tener una vida normal, libre de maldad. Entonces ellos me contaron que intentaban escapar del país, cada quien decidiría a donde, sólo nos ayudaríamos para salir del país, arriesgando lo que fuera y siempre apoyándonos. Yo acepté y llamé a mis hermanos para avisarles lo que sucedía, ellos respondieron con miedo que sí.

Preparamos lo necesario para huir: comida, ropa, papeles, hasta alistamos unas armas de fuego para defendernos. Al cabo de unas horas ya estábamos caminando y fijando nuestro destino. Todo parecía ir bien, ya nos creíamos librados, mas no era así. Durante el escape, hombres armados intentaron atraparnos y matarnos; algunos murieron, otros intentamos perderlos, aunque juraron encontrarnos. Era tanta la presión que sentíamos que en cualquier momento nos atraparían, así que nos apresuramos y cambiamos un poco los planes: decidimos que cada quien salvaría su vida y, si se podía, la de sus familiares.

Seguimos nuestro camino; uno que otro con miedo, algunos ya se habían acostumbrado y otros no tenían esperanzas. Cuando ya estábamos a punto de salir del país y después del cansancio por haber caminado varios días y haber pasado hambre y sed, mis hermanos y yo aún conservamos la esperanza; todo parecía estar resuelto, estábamos a punto de ser libres pero los malvados cumplieron su promesa. Esos hombres nos encontraron y nos atacaron con sus armas; yo pedí a mis hermanos que huyeran lo más pronto posible, pues a mí me habían herido de un balazo. Sentí como si descansara completamente, sin ninguna preocupación; sentí que ese momento fue eterno.

Cuando desperté, me di cuenta que mis hermanos no me habían dejado sola; como yo luché por ellos, se sintieron tristes al dejarme y regresaron por mí, me salvaron la vida. Después les pregunté en dónde estábamos. Ellos me contaron que unas personas los encontraron conmigo herida, nos ayudaron y nos llevaron a un lugar nuevo. Ya sin la preocupación de si me salvaría o no, ahora estábamos en un nuevo hogar: Alemania.

Con el tiempo me recuperé y fui como padre y madre para mis hermanos menores. Y a veces me pregunto ¿qué será de las personas malvadas que nos hirieron y nos convirtieron en personas refugiadas?

## ¿Y si yo fuera una persona refugiada?

*Abril Karina Ríos Legorreta*

Dibujo ganador del segundo lugar en la categoría de 16 a 18 años.



# La niña de Morelia\*

César de Jesús Lugo Ruvalcaba

*No puedo volver al ayer, porque ya soy una persona diferente.*

LEWIS CARROLL

**E**n junio de 1937 llegó el primer grupo de refugiados españoles a México. Se trató de 456 niñas y niños que fueron recibidos en tierras mexicanas con la intención de salvarlos de la guerra civil que barría España. El gobierno de Lázaro Cárdenas los acogió como un gesto más de amistad y solidaridad con la España republicana, a la que también auxiliaba enviándole víveres y material de guerra, así como apoyo diplomático. Estos pequeños refugiados fueron instalados en la capital del estado de Michoacán, por lo que se les llegaría a conocer como *los niños de Morelia*.

México, D. F., junio de 1937.

Sr. D. Manuel Azaña, presidente de la República Española, Valencia.

Tengo el gusto de participarle haber arribado hoy sin novedad a Veracruz los niños españoles que el pueblo recibió con hondas simpatías. La actitud que el pueblo español ha tenido para con el de México al confiarle estos niños, correspondiendo así a la iniciativa de las damas mexicanas que ofrecieron a España su modesta colaboración, la interpretamos, Sr. presidente Azaña, como fiel manifestación de fraternidad que une a los dos pueblos. El Estado toma bajo su cuidado a estos niños rodeándolos de cariño y de instrucción para que mañana sean dignos defensores del ideal de su patria. Salúdolo afectuosamente.

Presidente Lázaro Cárdenas del Río.

---

\* Cuento ganador del primer lugar en la categoría de 16 a 18 años.

Catalina de la Cruz tenía seis años de edad cuando arribó al puerto de Veracruz, el 7 de junio de 1937, en el barco de vapor *Mexique*, procedente de España. Aún no lograba entender el por qué de su viaje inesperado, si justo ahora comenzaba a acostumbrarse al estridente ruido nocturno causado por las bombas de la guerra civil, que hacían retumbar las paredes de la humilde casa donde vivía en Alcira, pequeña localidad de la provincia de Valencia. Hacía apenas algunas semanas que su madre había prometido llevarla a conocer el mar. Ahora no estaban su humilde casa, ni el mar ni su madre.

—¿Cuál es tu nombre, pequeña? —le preguntó María de los Ángeles de Chávez Orozco, presidenta del Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español en México.

—Catalina, señora.

—Bien, Catalina. A partir de hoy dormirás en la habitación número 25 del seminario, con otras pequeñas de tu edad.

—Está bien —respondió la niña llena de incertidumbre.

En el seminario donde fueron recibidos los 456 niñas y niños españoles, fueron distribuidos de manera que los varones no compartieran dormitorios con las niñas. Aproximadamente 165 niñas y 291 niños de entre seis y 16 años de edad fueron divididos en habitaciones con capacidad para 10 personas cada una.

Catalina de la Cruz ingresó a la habitación número 25, cama siete. El gran salón, de aproximadamente 10 metros de longitud, sólo contaba con tres ventanas medianas por donde se filtraba un poco de luz del sol. Las camas individuales, separadas a una distancia de dos metros cada una, apenas contaban con una sábana, una mesa y un cajón que funcionaba a manera de guardarropa. Catalina no podía evitar la sensación de hastío que le abrigaba en ese momento. El olor a humedad penetraba las paredes y también su nariz, tanto que lo podía sentir hasta la garganta. Le daba la impresión de que se encontraba en un reclusorio, acusada deliberadamente por haber estado en medio de la guerra o por haber estado en el lugar equivocado.

Se encontró de pronto en un lugar completamente desconocido; con niñas y niños que mostraban el mismo rostro de incertidumbre ante ese paisaje nuevo y hostil. El cambio repentino de clima ahogaba su pequeña cabecita bañada en sudor. Por las noches apenas podía conciliar el sueño. A pesar de su corta edad, merodeaban por su mente preguntas que parecían no tener respuesta:



—¿Por qué estoy en este lugar? ¿Cuándo podré ver a mi madre? —pero la más importante de todas era dónde estaba su madre.

Con el paso de los días, la sensación de incertidumbre que invadía a Catalina poco a poco fue desapareciendo conforme iba conociendo a sus compañeras de habitación. Despertaban todos los días a las siete de la mañana, se duchaban y, acto seguido, se congregaban en la capilla del seminario para hacer las oraciones del día, agradecían a Dios por estar ahí, por estar vivas. Tomaban el desayuno en un gran salón que servía como comedor comunitario, donde interactuaban con niñas de otros dormitorios. Era curioso cómo disfrutaban de aquellos festines conformados por frijoles refritos, nopales, tortillas y atole de maíz. Los sabores mexicanos resultaban peculiares y muy agradables para estas niñas y niños extranjeros, tanto que por un momento, mientras disfrutaban aquella combinación tan extraña a su vista, parecían olvidar que se encontraban solos, que se encontraban exiliados.

Por las tardes recibían clases impartidas por las monjas del seminario, quienes estaban impresionadas por la capacidad de atención que demostraba Catalina. En un lapso muy corto aprendió a leer y escribir, y mostró principal gusto por lo segundo. Los niños solían descansar por las tardes dando paseos por los jardines del seminario, y de cuando en cuando los llevaban a caminar por la plaza de la ciudad. Mientras caminaba, Catalina recordaba los paseos que hacía de la mano de su madre. La recordaba alta, fuerte, erguida y segura. Imaginaba el día en que regresaría con ella, se veía abrazándola con lágrimas en los ojos, y esbozando una sonrisa cariñosa.

Durante su estadía en el seminario, Catalina de la Cruz fue instruida en la religión católica por la señora Amalia Solórzano Bravo, esposa del presidente Lázaro Cárdenas. Gracias a su afabilidad y simpatía, su aspecto menudo y su sonrisa sincera, poco a poco fue ganándose el cariño de las mujeres y los hombres que conformaban el Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español.

En su adolescencia desarrolló una especial empatía hacia niños de escasos recursos, lo cual la llevó a sensibilizarse y esforzarse hasta formar parte del personal docente del seminario e impartir clases de Literatura y Gramática, con lo que se ganó el respeto y la admiración de niños y adultos.

Catalina de la Cruz nunca perdió la esperanza de regresar con su madre. Sentía que la añoranza la embriagaba hasta por los poros, por lo que en

enero de 1957 anunció a los directores de la casa-hogar, donde fungía como docente, su decisión de regresar a su España. Durante 10 años había ahorrado dinero suficiente con lo poco que le pagaban como maestra y de algunas clases particulares que había impartido.

En marzo de ese año abordó el barco de vapor desde Veracruz con rumbo a la ciudad de Valencia, España. Al poner un pie en el lugar que la vio nacer, de pronto le invadió un sentimiento de nostalgia. Quiso dar la vuelta y correr. Tuvo que tomar fuerza y valor para dirigirse en busca de su madre que, si aún vivía, en ese momento contaría con 55 años de edad.

—Buenas tardes, tal vez no me recuerde. Mi nombre es Catalina de la Cruz. Hace aproximadamente 20 años vivía aquí con mi madre, la señora Ofelia de la Cruz. Usted era nuestra vecina —dijo Catalina a una señora que se encontraba en la acera sentada en un pequeño banco de madera viendo el cielo.

—¿Catalina, eres tú? —preguntó con asombro la señora—. ¡Catalina! ¡No puedo creerlo! ¡Creímos que habías muerto! ¡Tu madre... si tan sólo ella supiera!

—¡Eso! ¿Dónde está mi madre? He venido por ella.

—¡Ay, pequeña niña! ¡Tu madre! Unos días después de que el barco de vapor salió de aquí rumbo a México se rumoró que había naufragado y que todos los tripulantes, niñas y niños, habían muerto en el accidente. ¡Tu madre! Ella sufrió tanto con la noticia, pero nunca se rindió. Aseguraba que tú no estabas muerta, algo en su interior se lo decía. Durante mucho tiempo escribió un pequeño diario donde te relataba todos los sucesos de su día a día. ¡Ay, mi niña! Después de la guerra civil nada volvió a ser igual. ¡Vaya lío! Hubo escasez de trabajo, hasta de comida. Tuvimos que ingeniárnoslas para salir adelante solas, sirviendo de empleadas domésticas a los altos funcionarios y militares. Luego tu madre enfermó, nunca quiso saber de qué. Una noche murió acostada en su cama, con el rostro lleno de paz. No sufrió. Yo perdí a mi hijo en la guerra, por eso comprendía su dolor y la compadecía por mantener la esperanza de verte con vida. ¡Pero mira! ¡No se equivocó, aquí estás! Espera aquí, ya te traigo el diario que me dejó tu madre.

Catalina apenas pudo contener las lágrimas mientras escuchaba la historia de su madre. Siempre había tenido la esperanza de volverla a ver, aunque en el fondo sabía que eso sólo podría ser una posibilidad. Sólo eso, una posibilidad.

La señora volvió con una libreta en las manos.

—¿Podría decirme, por favor, dónde se encuentra descansando mi madre?

—¡Pero claro, niña! Yo te llevo —exclamó la señora con una gran sonrisa en el rostro.

Camino al panteón, Catalina compró un pequeño ramo de flores que dejó sobre la tumba de su madre. Por muy extraño que parezca, no lloraba ni sentía necesidad; hacía mucho tiempo que había dejado de hacerlo. La vida de desdén y añoranza que llevó la había hecho mucho más fuerte de lo que ella pudo imaginar. Estuvo largo tiempo sentada al pie de la tumba leyendo el epitafio: “No puedo volver al ayer, porque ya soy una persona diferente”. Durante horas imaginó cómo habría sido su vida si nunca hubiera sido separada de su madre, si nunca hubiera existido la guerra.

Regresó a la calle donde vivía, agradeció a la señora por haberla acompañado y por el diario que le dejó su madre. Ni siquiera tenía ganas de entrar a la humilde casa donde nació.

—¿Pero cómo, niña? ¿No te quedas? ¡Si es que apenas llegas, no puedes irte!

—Lo siento, tengo que partir. Ahora mi vida está en otro lado, al servicio de niños que me necesitan. No puedo quedarme; no puedo volver al ayer, porque ya soy una persona diferente.

El epitafio en la tumba de su madre hizo entender a Catalina que por más que hubiera deseado no alejarse de ella, al final del día todo tiene un propósito; el suyo era instruir, era ayudar a niños que como ella quedaron a la deriva en un país diferente, solos. Tomó el barco más próximo de regreso a México. Al llegar a la casa-hogar la recibieron con los brazos abiertos, regocijados por el hecho de contar con una mujer tan admirable como ella, quien hacía varios años había recibido cariñosamente el sobrenombre de *la niña de Morelia*.

Dedicó los años siguientes a indagar en archivos acerca de niños migrantes en situación precaria. Adoptó a México como su segundo hogar y fundó una organización de ayuda a niños migrantes.

A lo largo de 11 años, *los niños de Morelia* fueron reubicados en seis casas-hogar diferentes, en las cuales la mayoría de las experiencias fueron gratas. Desafortunadamente, esto terminó en 1948, cuando se declararon agotados los fondos que el presidente Cárdenas había destinado a su man-

tenimiento y educación. Debido a las carencias algunos de ellos, sobre todo varones, recurrieron a la fuga para probar *mejor vida* en la capital. Otros tantos vieron la manera de regresar a su país en busca de sus familias y hogares; ciertamente, contaban con la edad suficiente para sobrevivir solos.

A las carencias materiales se sumó la falta de personal adecuado. No siempre se tuvo mucho tino al escoger a los directores de las escuelas. Por ejemplo, el profesor Lamberto Moreno era hispanófobo y llegó a comentar que, de ser posible, se quitaría hasta la última gota de sangre española que hubiera en sus venas; e incluso el personal docente que llegó con buena disposición a hacerse cargo de los niños distaba de estar preparado para tratar a unos menores que venían marcados por la experiencia de la guerra. No pocos de ellos eran niños problemáticos: estaban a los que la angustia les hacía orinar en la cama –eran conocidos como *los meones* y los trataban de forma humillante– y los que –casi siempre eran los mayores del grupo– tenían un comportamiento que incluso rozaba lo delictivo; éstos significaban una pesadilla para la mayoría de sus compañeros, sobre todo para los más pequeños, que se veían sometidos a sus arbitrariedades.

Sin embargo, Lázaro Cárdenas hasta su muerte estuvo al pendiente de *los niños de Morelia* y de otros más. Sin duda lo que más asombra es que, a pesar de las difíciles condiciones en que vivieron las niñas y los niños españoles, prácticamente todos ellos adoptaron la forma de vida y cultura mexicanas, para posteriormente convertirse en buenos ciudadanos y padres de familia.

**Ellos también existen**

*Cynthia Elizabeth Barba Servín*

Dibujo ganador del tercer lugar en la categoría de 16 a 18 años.



# Infancia en el exilio\*

María Calderón Zavala

Cuatrocientos cincuenta y seis jóvenes, niños y niñas salieron de la Madre Patria en el año que muchos creyeron por error que Francisco Franco perdería ante la República: 1937. Clara y Francisco venían de Valencia, José Luis y la bella Carmen de Madrid y otros más de Cataluña y de Málaga. Vinieron todos –infantes y no tan infantes, traviesos e inocentes como eran– en un barco llamado *Mexique*, que zarpó de Burdeos, Francia, un claro día de mayo. Y no sé decir si fue claro o no el día 7 de junio, en que el imponente navío cargado de tantos niños llegó por fin al nuevo continente.

—¿Qué se ve allá, señorita? —preguntó Carmen con una vocecilla inquieta a la gentil enfermera Teresa, quien llevaba en sus brazos a un niño mareado.

—Esa costa, Carmen, es *Méjico*. Hemos llegado —respondió a la niña la mujer, sin ocultar su propia ansiedad y asombro por la tierra que ante ellas se extendía.

Después de muchos días a la mar, después de muchos días de haberse despedido de sus padres y sus hermanos con tibias lágrimas y cálidos abrazos, ahí estaba la playa mexicana, el mundo nuevo. La tierra que conquistara Hernán Cortés, la nación del picante y de los antiguos virreyes. Una nueva costa, un nuevo hogar.

Ahí no había guerra, ahí el presidente había sido elegido. Las bombas no caían del cielo a diario, por lo que no habría que correr al refugio en la mitad de la noche, ni se derramaba la sangre de los que pensaban distinto.

---

\* Cuento ganador del tercer lugar en la categoría de 16 a 18 años.

No había levantamientos de unos inconformes contra otros ni reinaba el terror de no volver a casa una vez fuera.

Sobre cubierta los niños cantaban canciones comunistas. Brincoteaban en círculos tomados de la mano hasta que se desplomaban algunos en el suelo, sacudidos por carcajadas, mientras que a otros las náuseas les hacían despedir el austero desayuno de ese día.

Mercedes y Rosario se apartaron de los juegos. De la mano de sus hermanos mayores, veían la costa de Veracruz aproximarse. El brillante azul del agua de mar trajo a su mente un triste recuerdo del adiós, allá en casa, en los brazos de mamá; de los besos de papá y de la tortuosa pregunta que flotaba en el aire lleno de pólvora sobre si algún día tomarían un barco de vuelta, si un día las calles de España y el País Vasco volverían a estar puras, limpias de hambre, limpias de sangre.

—¡No lloréis, madre! Regresaremos cuando termine la guerra. No lloréis más, sólo son unos meses.

—¡Que nos vamos a *Méjico!* ¿Has oído, Victoria? ¡Nos vamos de veraneo a *Méjico!*

—Envíe ahora a sus niños al extranjero, señora. ¡Salve a la niñez!

—¡Os amo, hijas! ¡Te amo, Soledad; te amo, Emilia! ¡Os amo, hijos! ¡Te amo, Miguel; te amo, Francisco!

—¡Te amo, hijo!

—¡Te amo, padre! ¡Escríbeme!

—¿Volveré a veros?

—Sí, os veré cuando la guerra termine.

—¿Lo prometéis?

—Lo prometo.

Mercedes y Rosario escucharon otra vez el tren encender su traqueteo. Su pito atronador coreaba el llanto de un padre con ojos nublados que desesperado corría en vano tras el vagón del que se asomaban sus corazones y suplicaba:

—¡Que no se vayan! ¡Que no se vayan...!

—¡Madre mía! ¡Pero qué gentío! —pensó Santiago mientras su cabezita asomaba sobre la borda. El puerto de Veracruz estaba repleto de gente vestida de blanco que a vítores les daba la bienvenida. Por la pasarela hacia el muelle bajaron Clara y Francisco; Carmen, Rosalía y José Luis; Santiago y todos los hijos de la Guerra Civil. Pasaron a través de la extasiada multitud

que quería verlos; les regalaban dulces, fruta y una que otra caricia a esos pequeños forasteros que sólo llevaban consigo un maletín.

—¡Arriba los niños españoles! —Qué chistoso hablaban.

De entre la gente apareció un hombre alto y con un bigote muy grueso. Era Lázaro Cárdenas, el presidente, el padre bondadoso que los recibió, que los salvó de la oscuridad de la guerra, que les dio un hogar al otro lado del Atlántico en una tierra llamada Michoacán.

Martina sujetó con fuerza sus cobijas la primera noche que pasaron en el Colegio de Morelia, como si quisiera hacerlas parte de sí misma; el frío del enorme dormitorio le calaba los huesos. Su camita estaba sucia, al igual que sus mejillas lavadas por las lágrimas que le brotaban, en temeroso silencio, por su tierra del otro lado del mar.

—¿Qué hago aquí? —pensaba José Luis—: forastero, español, con hambre y frío, sin entender, sin ser entendido. Mariano no compartía su sangre, pero era su hermano de corazón y de pacto; y bastó un susurro de auxilio para que acudiera protector a su llamado, al de su *hermanito*. Y toda la noche, tragados por la oscuridad y la confusión, lloraron y luego rieron clandestinamente hasta quedarse dormidos en la camita sucia.

—¿Qué sucede, María?

—Martina, tengo mucho frío. ¿Puedo dormir contigo? —una mirada de súplica salía de esos pequeños ojos de estrella.

—¿Y yo también? —la pequeña Amparo suplicaba a su vez. El frío era más piadoso cuando compartían.

También pasaban hambre; entre los hermanos juntaban los centavos que les daban los domingos y compraban aquello que no les daba la escuela. Se defendían unos a otros contra los mayores. A los pequeños las niñas los consentían, les lavaban la ropa porque nadie más los iba a proteger.

Las cartas del hogar, que muy de vez en cuando llegaban y por las que se abalanzaban gritando todos los niños sobre el cartero, llegaban tachadas, censuradas de cualquier cosa que pudiera estar en contra del gobierno. Las contestaban con un simple “Nosotros bien, madre. Todo marcha bien”. ¿Qué más podían decir? No querían preocuparlos; y al fin y al cabo, a Martina sólo le importaba jugar y tener amigas.

—¡Un, dos, tres, cuatro! ¡Un, dos, tres, cuatro! —contaba Jorge, que no quería perder el paso, así que repetía la cuenta en voz muy baja, al ritmo del tambor—. ¡Y un, dos, tres, cuatro...!



En el Colegio de Morelia era la hora de marchar, antes de un baño frío. Sus piernitas estaban engarrotadas por dormir en el suelo; su cobija había sido robada la noche anterior por el abusivo de Juan y sus fieles granujas, una bola de tíos trastornados por la guerra.

Luego había que ir a clases y después al comedor, en donde los pequeños conocieron las comidas más raras.

—¿Quieren tortillas mexicanas?

—¿Tortilla? ¡Claro!

Ante los ilusionados infantes trajeron los canastitos cubiertos con pañuelos humeantes. Emeterio se abalanzó a abrirlos antes que nadie, mas se detuvo en seco y lanzó un respingo de consternación.

—¿Pero qué es esto? ¡Esto es cartón! Si son tortillas, ¿dónde están las patatas?!

—¿Y las salchichas?

Y todos reclamaron las tortillas prometidas golpeando con sus manitas las mesas, en protesta, como buenos revolucionarios. En medio del caos, un pequeño genioegó con la calabaza y dijo:

—Te digo que esto no son tortillas, esto es para que vuele —tomó una de esas humeantes cosas tan extrañas y, divertido, la hizo atravesar la habitación como platillo volador sobre las cabezas de sus hambrientos compañeros y compañeras. Uno tras otro se unieron al juego y esa tarde despegaron cientos de tortillas de maíz, volando como gloriosas palomas entre un canto celestial de traviesas carcajadas.

A las tres de la tarde tomaban un taller para aprender un oficio. Y a las seis, ¡al fin eran libres! ¡A vagar por la ciudad!, pero en la ciudad recibían otros castigos:

—¡Regrésense a España, muertos de hambre!

—¡Hey, coña! ¡Hijas de Cárdenas! ¡Se comen el pan de los mexicanos!

Los más brabucones se peleaban para defender su honor; los que no querían ver más guerra seguían su camino, con la cabeza en alto pero con el orgullo por los suelos adoquinados de Morelia.

Era tiempo de regresar, antes de la hora; si no el portero les daría unos buenos porrazos. De su miedo nadie más entendía; no había con quién hablar de lo mucho que extrañaban su casa y de las humillantes bromas por ser extranjeros. Pero esa tierra, la tierra de los acueductos que coronaban hermosos parques donde murmuraban las fuentes, donde la gente

pedía deseos a los pies de estatuas verde estaño que miraban al horizonte; la tierra del fútbol que apasiona a los mexicanos, de los rehiletos de colores y el dulce de leche, de las amplias calles y los enormes ventanales que tanto se parecen a los de la antigua Madrid; esa tierra que los adoptó también los enamoró.

Y los niños crecieron, como Rosario y Francisco, y terminó la guerra allá y el gobierno de Lázaro Cárdenas aquí. Y pasaron los años y las décadas también.

Muchos como Clara, Carlos y Santiago no volvieron al viejo continente hasta 30 años después, y vieron que todo había cambiado. Otros como Teresa y Eduardo se casaron y formaron familias muy felices. Y algunos otros como Carmen, José y Mercedes no volvieron a ver jamás a sus padres. Sé de unos cuantos de ellos, cuyos corazones de niño dan a México eternamente las gracias, que se dicen más mexicanos que españoles.

La señora Martina Benedet me cuenta su historia sentada al otro lado de la mesa de cristal, mirando ensimismada la plaza que se ve desde el balcón, de donde viene la música del organillero y los gritos de los niños que de la mano saltan en círculos en el kiosco; esa música que le evoca amigos y juegos de antaño, el recuerdo de una infancia en el exilio. Después de un silencio cargado de nostalgia suspira, me mira con una sonrisa dibujada en su rostro arrugado y dorado de tantos años bajo el sol moreliano. Le agradezco que me haya confiado su memoria y que me aceptara en su casa. La mujer es amable, va a la cocina por una cosa más y con ese acento español me pregunta:

—¿Queréis más tortillas?

**Tu ayuda puede hacer el cambio**

*Sergio Uriel Briseño Franco*

Mención honorífica en la categoría de 16 a 18 años.



Si puedes brindar ayuda...  
no dudes en hacerlo  
ellos te necesitan.

# Buscando el sol\*

Gabriel Balboa Cruz

**H**ola, mi nombre es... era Édgar Valadez. Tengo 25 años y les contaré mi historia. Soy originario de un pueblo escondido y sin nombre en Cali, Colombia; un pequeño pueblo fantasma, acosado constantemente por el crimen organizado de muchos cárteles colombianos, dueños y amos de todo lo que tocan, según ellos. Usan a los hombres como máquinas para que trabajen día y noche, incluso hay niños y adolescentes como yo.

¿Saben lo que es despertar todos los días con hambre y sed? Bueno, yo sí. ¿Saben lo que es cosechar aquellas plantas verdes que tanto anhelaban los patrones –marihuana le llaman–? Pues yo sí. Esos cárteles sólo nos usaban para sus crímenes y delitos escondidos, bajo las sombras de Cali; nos tenían viviendo con apenas 15 pesos y agua de un arroyo contaminado por sus sucias pisadas...

En aquel entonces yo contaba con 15 años. Estaba cansado del constante sufrimiento al que me enfrentaba día tras día sin descansos –si había, eran de unos cuantos minutos–. Y por si fuera poco, ¡no tenía padres! Mi padre, muy desgastado físicamente, murió a manos de uno de los capos que llegaban a supervisar la cosecha, pues al rebelarse en su contra... bueno, ya se imaginarán qué pasó. A mi madre nunca la conocí. Muchos decían que a las mujeres del pueblo se las llevaban lejos, jamás supimos adónde; pero ése fue el destino de mi mamá, seguramente.

Al no conocer familia alguna, todas las noches en horas de descanso obligatorio me ponía a pensar en lo mucho que me gustaría escapar de ese

---

\* Cuento con mención honorífica en la categoría de 16 a 18 años.

lugar. Estaba creando un plan para liberarme de esos hombres sin alma ni corazón, pues yo era muy joven y aún tenía una vida plena por vivir. Quería comenzar de nuevo; tal vez no en mi país, ya que si esos hombres me buscaran podrían matarme o, peor, podrían hacerme trabajar encadenado por el resto de mi vida.

Éste era el plan: primero tenía que escabullirme de los guardias que vigilaban la única entrada y salida del pueblo, quienes estaban armados. Y la manera en la que lo conseguiría sería usando una de mis camisetas sucias, llena de lodo, para confundirme con la vegetación que había en los alrededores. Después recolectaría frutas y agua del arroyo que pasaba atrás de la casa del comandante. Eso... eso sí era tarea fácil.

Dicen que México es el nuevo sueño... El sueño mexicano para muchos de los que salimos de nuestros países. Con el dinero que no había gastado en la mayoría de los días que trabajé me podía hacer de uno de esos viajes que van a México y llevan gente sin que la policía se dé cuenta de nuestra presencia.

Por fin pude llevar a cabo mi plan y de una vez por todas huí de ese horrible lugar. Siendo las tres de la madrugada, había escapado de la cabaña en donde había dormido por 15 años. Era la hora de la verdad, tenía que ser perfecto. Salí de la cabaña, me arrastré hasta la entrada del pueblo con mi camisa llena de lodo, mi dinero y mis provisiones. Salí del pueblo pero todavía no podía dejar de arrastrarme por el suelo, en cualquier momento podrían verme. Me arrastré por casi medio kilómetro y estaba seguro de que ya había pasado el peligro. Mi travesía caminando sería de 18 días, hasta llegar a la frontera de mi país con Panamá.

Sabía que mi cruce a Panamá no era lo que yo buscaba; todavía no estaba lejos de mi espantoso pueblo. Seguí hasta Costa Rica con la esperanza de ver un nuevo sol para mí, pero algo me decía que ahí no estaba... Aún no me hallaba lo suficientemente lejos de lo que alguna vez llamé *hogar*... ni siquiera lo suficiente como para poder iniciar mi vida de nuevo.

Llegué a El Salvador. A lo lejos vi a un grupo de personas y me pregunté si sería lo que había estado buscando. Efectivamente, ésa era la camioneta que me sacaría de todo mi pasado. Me acerqué temeroso y me preguntaron:

—Oye, tú, pequeño, ¿por qué tan solo?

—Busco transporte —les contesté.

—Estás de suerte, muchacho. La camioneta van nos lleva lejos de casa. ¿Adónde vas?

—Esperaba que tú me dijeras adónde iban, mi meta es México. Escapé de mi pueblo en busca de un lugar mejor. Sufrí mucho, ¿sabes?, y mis amigos siempre me decían que en México podría iniciar de nuevo, ya que las posibilidades de mejorar mi nivel de vida eran muy grandes en comparación con el maltrato que sufría en mi pueblo. Y ya que no podía quedarme en mi país por miedo a que me buscaran las personas de las que escapé, he decidido huir.

—¿Estás seguro de hacer esto, muchacho? Los peligros jamás se acabarán y por lo que veo no pasas de los 15 años.

—Estoy seguro, pero díganme si este vehículo verdaderamente va a México. Y sí, tengo 15 años.

—¡Claro! Todos nosotros vamos para allá. Ven, sube, aún hay lugar.

Cuando abordé la camioneta creí que mis problemas acabarían, pero no fue así. Una noche, mientras nos acercábamos a la frontera con México, unos sujetos en otro vehículo se acercaron a nosotros, aceleraron y se interpusieron en nuestro camino. Nos bajaron a todos los hombres y a las mujeres las dejaron dentro de la camioneta. En ese momento mi mente estaba paralizada, por un momento pensé que me habían venido a buscar, pero no era más que otra banda de rateros llamadas *los cazapolizontes*, miembros especiales de la famosa banda de *los mari*.

Me robaron y golpearon, como al resto de los hombres; y a las mujeres no quiero saber qué les hicieron, pero por lo que vi no había sido nada bueno. Fue una de las cosas que nunca tomé en cuenta cuando subí a la camioneta. Mi sol aún no era visible. Estaba perdiendo cada día la esperanza de tener una vida, estudiar, hacerme de un trabajo para conseguir un lugar donde vivir. Amaneció y mi destino se encontraba mucho más cerca, Guatemala estaba a la vista. Cruzar fue muy sencillo, pero lo que vendría después sería devastador.

Eran las 10:00 de la mañana cuando un grupo armado se acercó a nuestro vehículo. Al principio pensábamos que se trataba de policías de la zona o incluso del ejército, pero no eran policías ni sujetos buenos; eran personas que no buscaban ayuda. Nos pararon y ordenaron que los siguiéramos, obviamente no era para algo bueno. Nos bajaron a todos y nos pidieron nuestras pertenencias; contestamos todos que era imposible, que ya nos habían

robado todo lo que teníamos antes y pedimos que nos dejaran ir, pues ya no teníamos más qué ofrecer, ya no teníamos nada.

—¿Están seguros?, porque yo veo ahí un bonito grupo de chicas... Tal vez sirvan para algo.

En ese momento mi corazón estaba nuevamente paralizado, sabía que algo malo iba a pasar y nadie saldría de ésa. El grupo de delincuentes tomó sus armas y dispararon contra nosotros los hombres, mientras subían a todas las mujeres en un gran camión. Algunas pudieron escapar en el momento de la balacera y se escondieron entre la maleza, y sólo pudimos escondernos unos cuantos hombres mientras veíamos cómo destruían la camioneta. Y a tan sólo 50 kilómetros de la frontera mexicana, moribundos y sin comida ni dinero, de un grupo de 15 personas sólo quedamos seis.

Fue un duro golpe para nosotros, los sobrevivientes. No sabíamos a donde dirigirnos ni a donde ir; nuestro conductor había muerto tras la balacera y sólo nos quedaba caminar.

Pasó poco tiempo para que un camión se parara a la orilla de la carretera y el chofer bajara a saludarnos; nosotros, tan temerosos y desconfiados, nos reunimos y tomamos algún arma blanca para protegernos. El peligro ya era un factor importante en nuestro viaje, habíamos padecido muchísimos percances y accidentes, además yo ya había sufrido mucho en mi antiguo pueblo. No podíamos saber qué quería ni quién era y por qué se paró justo enfrente de nosotros. Nos preguntó:

—¿Adónde se dirigen?

—A México —le conteste rápidamente.

—¡Genial! Yo voy para allá, ¡suban! Yo los puedo llevar, tengo mucho espacio en el remolque, no tendrán problemas. Parece que no han comido en días, tengo algunos mangos ahí atrás. Suban, el calor está muy fuerte y parece que ya va a llover, el cielo se está nublando.

¡Por fin! Mi plan de escapar había dado resultados. México estaba a la vuelta de la esquina. La frontera estaba a unos cuantos kilómetros, pero no podíamos entrar muy fácil, el señor del camión nos pasó muy discretamente y llegamos a Tapachula, Chiapas. México... ¡Por fin México!

Viví muchas cosas y sabía que lo peor ya lo había pasado —bueno, lo pasé durante 15 años—, y por fin estaba fuera de ese infierno. Prometí no volver a ese feo lugar, en especial a aquel espantoso pueblo llamado como se llame, ya no me importaba; sin embargo, no descartaba la posibilidad

de volver a Colombia algún día. Ahora sólo me quedaba buscar un trabajo, pero se me hacía imposible por la situación de mis papeles. Bajé del camión y el señor, cuyo nombre jamás supe, me dio una dirección para conseguir trabajo temporalmente. Mapastepec, Chiapas, era mi próxima parada.

Comencé mi travesía hacia allá, tomé un transporte y en medio de un retén militar me bajaron. Yo, todo sucio y maloliente, bajé del transporte. Me retuvieron por un momento, me preguntaron mi lugar de procedencia y rápidamente les dije que venía de un pueblo cercano a Cali, Colombia. Pidieron mi identificación, pero no traía ninguna. Me llevaron a una oficina, donde esperaba que mi situación en el país se regularizara.

Llegó un señor que venía de una institución llamada Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación y otro que era de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos. La primera era, por lo que me explicaron, una institución que se especializa en la no discriminación; y la otra es la encargada de proteger los derechos humanos. Una vez que yo les conté todo lo que me había pasado desde el primer día de mi vida, me preguntaron nuevamente por mi lugar de procedencia. Otra vez les contesté que venía de Colombia y que había huido de mi pueblo de nacimiento para buscar una mejor forma de vida fuera de mi país, una nueva oportunidad, por lo que me dispuse a venir a este país; sabía que era lo más conveniente, mi vida estaba hecha una hoja en blanco.

Les dije que no tenía ningún papel de registro en mi país, no sabía siquiera si era legal en mi propia nación, ya que no tenía una documentación oficial. Esas personas se encargaron de buscarme familia. El gobierno mexicano me dio una nueva identidad y la posibilidad de ser de este país, la oportunidad de escribir una nueva historia en la hoja en blanco.

Estudí la primaria y la secundaria públicas en pocos años gracias a mi nueva familia y con las becas que me dieron en este nuevo país pude graduarme. Gracias a estas instituciones ahora vivo en la ciudad de México con mis nuevos padres: Judith y Jorge. Actualmente estudio una especialidad en la universidad pública Corporación Cápsula. Ahora soy Édgar Thomson Ruiz y felizmente puedo gritar al aire: “¡Encontré mi nuevo sol!”





Se terminó de editar en octubre de 2016.

¿Y si yo fuera  
una persona refugiada...?  
Comenzar de nuevo en otro país  
Cuentos y dibujos de niñas, niños  
y jóvenes sobre personas  
refugiadas

• Para su composición se utilizaron los tipos Minion Pro y Trade Gothic. •

En el marco del Programa de Derechos Humanos y Medio Ambiente  
y comprometida con la ecología y el cuidado del planeta,  
la Comisión de Derechos Humanos del Distrito Federal  
edita este material en versión electrónica  
para reducir el consumo de recursos naturales,  
la generación de residuos y los problemas de contaminación.





En la **CDHDF**  
*cuidamos tus derechos*

[www.cd hdf.org.mx](http://www.cd hdf.org.mx)